

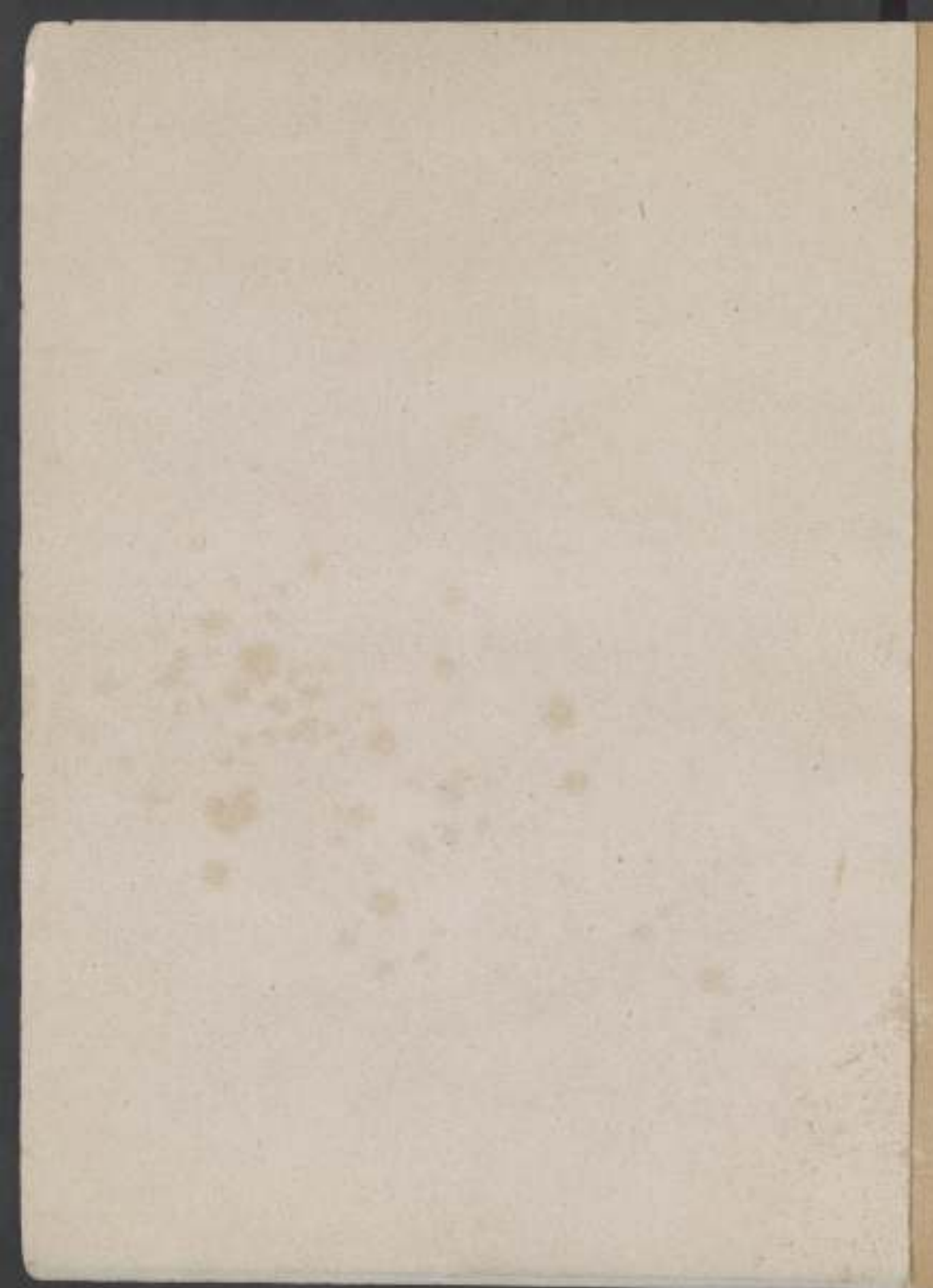
Sabina Olmos
Hugo el Carril

La VIDA es un

TANGU



A. López
Rubio



La Vida es un Tango

PRODUCCION



CON

SABINA OLMOS

HUGO DEL CARRIL

FLORENCIO PARRAVICINI

TITO LUISIARDO

Distribuida por



C. Cinema

Publicación semanal

Año III

15 octubre 1940

Núm. XXIX

OPORTUNIDAD ESTADISTICA

Vol. 1



FORNIA

ES PROPIEDAD

INSTITUTO

ESTADISTICO

DE LA NACION



Provincia

de la

República

LA VIDA ES UN TANGO

CAPITULO PRIMERO

EN EL BUENOS AIRES 1900

Un ambiente insoportable de voces, gritos y gestos chabacanos; un público heterogéneo de marineros, mujeres equívocas y hombres, cuya crecida barba daba idea de su habitual falta de aseo. El humo de muchos cigarrillos mezclado con el vaho de las respiraciones, hacía que el que por primera vez entrase en aquel antro, tuviera un primer movimiento de repulsa y un enorme deseo de volverse atrás.

El nombre de teatro que pomposamente se le daba estaba muy poco justificado. Realmente era un café cantante en el que los parroquianos disfrutaban al mismo tiempo que de las delicias de la consumisión, de los variados espectáculos que se les brindaban desde un mal escenario construido con inseguras tablas.

La gente aplaudía o silbaba, según su estado de ánimo en aquel momento, sin atender de-

masiado a lo que ocurría en el escenario. Se sucedían los números de variedades; bailarinas más o menos esculturales, cantantes de voz afónica, actores apayasados con muy poca gracia...

Se veía bien a las claras que aquel muchacho joven, muy joven, de pelo moreno y rizado, que entraba en aquel momento en el local, no era un habitual de tal espectáculo. Con aire mezcla de curiosidad y de disgusto, atravesó algunas mesas ocupadas por gentes gesticulantes, hasta llegar a una discretamente colocada en un rincón, que le brindaba sitio para sentarse y oportunidad para escuchar sin que le molestaran demasiado.

Una camarera de facciones no muy correctas, se acercó inmediatamente al nuevo parroquiano haciéndole un ofrecimiento ya innecesario:

—¿Querés sentarse?

—Sí, señorita—respondió galantemente el muchacho.

La camarera se apresuró a pasar un mugriento paño por la mesa, con ese gesto universal de todos los cafés. Luego indicó:

—¿Qué vas a tomar, cerveza?

—No; prefiero café.

Hubo una mirada de asombro por parte de ella. Y a fin de aconsejar, dijo con cierta precaución:

—El café hace mal a los nenes.

—Bueno; traígame cerveza—se resignó el parroquiano.

Contra la costumbre de la casa, no tardaron mucho tiempo en servirle. Cuando la muchacha colocó un gran vaso lleno de cerveza encima de la mesa, interrogó con curiosidad creciente:

—¿Vos es la primera vez que venés aquí?

—Sí, la primera—confesó él.

Y la sirvienta, mirándole con cierta lástima, comentó:

—¡Con tal de que no te acostumbres!

Mientras tanto el telón del escenario estaba echado. Habían pasado unos pocos minutos desde la terminación del último número y el público se impacientaba por aquella tardanza, motivada sin duda por algún ligero cambio en la poca variada decoración.

Un hombre ya de bastante edad, pero todavía fuerte y animoso, vestido con un traje que quería ser una imitación del atuendo de los domadores profesionales—bota alta y deportivo jersey—, contempló el aspecto de la sala a través de los agujeros practicados previamente en el telón. Movi6 la cabeza varias veces y se volvió hacia una muchacha extraordinariamente joven, que permanecía silenciosa en un rincón del escenario, diciéndola:

—¡Cómo están las fieras esta noche!

Ella se encogió de hombros.

—Como siempre. ¡Con tal que se calmen cuando yo cante mi tango!

—Los tingos es lo único que calma a estos tigres.

Se acercó a ellos el pianista del teatro. Era un hombreillo nervioso, de graciosos ademanes, que tenía en aquel local un doble mérito: el de conseguir arrancar todas las noches unas notas más o menos afinadas al horrible piano y el de ser el padre de aquella encantadora muchacha, que era el espectáculo cumbre del programa.

El presunto domador se volvió hacia él, y al observar las miradas de aprehensión que les dirigían alternativamente a él y a su

hija, dijo en tono de medio enfado:

—A mí me preocupa que vos tengas miedo que un día me ponga nervioso y le tire un tiro a tu hija y te deje sin ella.

Las contracciones nerviosas del pianista aumentaron considerablemente, mientras la joven trataba de poner en la conversación un matiz de tranquilidad:

—Señor Contreras, ya sabemos que es usted un buen tirador.

La orquesta que amenizaba el espectáculo terminaba en aquellos momentos de tocar un tango, unánimemente aplaudido. Pero a los aplausos sucedieron inmediatamente los silbidos, que daban cuenta de la impaciencia del público por la tardanza de otro número.

El señor Contreras murmuró indignado:

—¡Qué querrán esta noche!

Detrás de él, el empresario afirmó como respuesta a aquella media interrogación:

—Esos monólogos suyos, y tan contentos.

Y dirigiéndose a los tramoyistas ordenó:

—¡Vamos, arriba el telón!

Contreras se dirigía ya al público con una voz acostumbrada indudablemente a los escenarios:

—Buenas noches respetables indios. Voy a tener el gusto de presentarles un número...

No cesaba el rumor de las conversaciones. Y sobre ellas se elevaba el silbido penetrante y monótono de uno de los espectadores. Dirigiéndose a él, Contreras le reprochó:

—¡Pavo! ¿Cómo hace para que no se le escape el viento? ¿Le ayuda su mamá?

Una carcajada acogió aquella salida. Y aprovechando el silencio que se hizo a continuación, Contreras siguió anunciando:

—Voy a presentarles un número sensacional de tiro: la mujer desnuda a tiros, sin trucos de ninguna clase.

El contumaz espectador de los silbidos interrumpió con escepticismo:

—¡Macanas!

—No lo crea, señor—insistió Contreras—. Suba al escenario y yo le coloco una manzana sobre la cabeza y le juego cien pesos a que le saco la cabeza sin tocar la manzana.

Nuevas carcajadas acogieron la ocurrencia, y mientras el tirador se disponía a cumplir su promesa, la orquesta atacaba una marcha de ritmo desenfrenado.

Entre tanto el joven parroquiano que por primera vez entraba

en el salón, era interpelado nuevamente por la camarera:

—¿Te gusta esto, pibe?

—Esto, no—replicó él—. Yo vengo por otra cosa. Me han dicho que hay una muchacha que canta tangos.

—¡Ah, sí! Elisa, la hija del pianista. Es aquella misma.

Y la señaló con un dedo. En aquel momento, Elisa atravesaba el escenario para ir a colocarse en la posición oportuna que exigía su número con el tirador. El muchacho la contempló extrañado y exclamó:

—¡Aquella! ¡Qué joven!

—Tiene catorce años—afirmó la camarera—, y si no sale pronto de este ambiente...

Y se encogió de hombros, como si quisiera dejar a la imaginación de su oyente las consecuencias que pudieran tener para Elisa la permanencia en el inundo teatro.

Ahora preguntaba el muchacho:

—¿Y canta bien?

—No sé. Ahora se les ha ocurrido poner letra a los tangos y los tangos se han hecho para bailar.

—Al contrario—replicó el joven—. Los tangos se han hecho para cantar.

Les interrumpió la voz del ti-

rador, que con un rifle de salón en la mano se disponía a empezar su número.

—Observen, señores; guarde silencio todo el mundo. Si ven caer una muchacha al suelo, es que la he pegado a ella. Atención.

Elisa se había colocado con los brazos en cruz, rodeada de cinco bombillas iluminadas. Contre-ras anunció al público:

—Primero voy a reventar los cinco globos.

Y dirigiéndose a la muchacha, advirtió:

—No muestres los dientes que los voy a confundir con un globo.

Sin levantar apenas los brazos, fué apagando a tiros de rifle las cinco bombillas. Una ovación cerrada acogió la certera puntería. Y cuando se hubieron calmado los aplausos, el tirador continuó:

—Y ahora, señores, el número más arriesgado de la noche. Desnudaré a esa muchacha con un tiro en cada flor del traje. Empezaremos por el sombrero. Ahora un poco de silencio, porque aquí no hay cuento. Si desvío un poco la bala mato a esa valiente muchacha. Atención.

Conforme había anunciado, al primer tiro desapareció el amplio sombrero que cubría a Elisa. Inego los disparos del rifle fue-

ron dibujando su contorno y haciendo caer uno a uno los grandes botones que sujetaban el vestido. En pocos segundos quedó la muchacha cubierta solamente por una malla, mientras los espectadores aplaudían entusiasmados.

Solamente hubo un disidente, el que antes había silbado, que exclamó en voz alta:

—¡Macana! ¡Cuento! ¿Cómo la va a desnudar con el revólver?

Contreras, sin alterarse nada, le replicó desde el escenario:

—Traiga a su señora, que la desnudo sin revólver ni nada.

Y mientras el público volvía a reír a carcajadas, Contreras quiso darles una última prueba de su certera puntería.

—Ahora, el último experimento. Atención.

Y casi sin apuntar, dirigió su rifle a un inmenso vaso de cerveza que se disponía a beber el pianista. El tiro rompió el vaso y la cerveza se derramó sobre el piano, con la considerable indignación por parte del padre de Elisa. Mientras tanto arreciaban los aplausos.

—Y ahora, señores—prosiguió Contreras—, mientras se viste la chica para esa novedad que tanto les gusta, el tango cantado, les

voy a recitar un monólogo titulado «Lección de anatomía», por el profesor italiano Sampini.

Y dando a su voz inflexiones que querían ser eruditas, empezó con gran seriedad:

—La anatomía tiene que ser estudiada sobre un cuerpo de hombre o de mujer; esta vez lo haremos sobre una mujer, que es más agradable...

Continuó hablando Contreras entre las carcajadas del público, al que tanto le agradaba aquella parte del espectáculo. Mientras tanto, Elisa, ya vestida y preparada para su actuación, hablaba en un rincón del escenario con el empresario del teatro.

—Vamos, ya está. Hoy voy a cantar mejor que otras noches, don Eduardo.

—¿Por qué, muchacha? Si siempre cantas muy bien.

—No sé—insistió ella—; pero hoy me parece que debo cantar mejor que nunca.

Se acercó a la parte del escenario ocupada por Contreras. Este terminaba ya:

—...a los ochenta días de haber nacido. Y aquí ha terminado la lección de anatomía.

Los aplausos que premiaron sus últimas palabras se unieron a los que saludaban la aparición de la gentil muchachita.

En el piano, su padre atacaba un tango, una de las primeras muestras del arte musical argentino, que pronto iba a extenderse, con su peculiar estilo, por todo el mundo.

Y Elisa empezó a cantar de esta manera:

Yo soy la morocha,
La más agraciada,
La más renombrada
de esta población.

Soy la que al paisano,
muy de madrugada,
muy de madrugada
brinda un cimarrón.

Soy la morocha argentina,
la que no siente pesares
y alegre pasa la vida
con sus cantares.

Soy la gentil compañera
del noble gaucho porteño,
la que conserva el cariño
para su dueño.

Yo soy la morocha,
la más agraciada,
la más renombrada
de esta población.

Soy la que al paisano,
muy de madrugada,
muy de madrugada,
brinda un cimarrón.

(Música de E. Sabarido. Letra de A. Villoldo.)

Ni uno solo de los espectadores que llenaban el espacioso local dejó de aplaudir el tango cantado por Elisa. El más entusias-

mado parecía el joven del pelo moreno y rizado, que apenas terminó la canción se levantó de su asiento y dirigiéndose a una puertecilla que comunicaba con la parte interior del teatro, desapareció tras ella.

Al encargado de vigilar los cuartos de los artistas, le explicó al pasar:

—Voy al camerino del señor Contreras.

Unos golpes sobre la puerta, contestados por la voz del viejo tirador desde el interior del cuarto:

—Adelante.

Entró el muchacho, Contreras, ante un espejo, estaba extendiendo la crema necesaria para quitarse el maquillaje. A través del cristal pudo observar al recién llegado, y en sus ojos se dibujó inmediatamente una expresión de infinita sorpresa.

El muchacho había entrado en el cuarto, diciendo:

—Buenas noches.

Y el tirador, en vez de responder a su saludo, le preguntó con gesto de asombro:

—¡Eh! ¿Qué haces vos aquí?

El joven trató de disculparse:

—Papá, perdóneme; pero tengo que hablarle.

—¿Cómo te atreves a venir a

este sitio? ¿Quién te ha contado...?

El muchacho le atajó con un gesto:

—Aunque usted lo ocultó siempre y no usa su verdadero nombre, yo sabía cuál era su trabajo, y no me avergüenzo. Siento orgullo de ser su hijo. Yo también tengo alma de artista y quiero trabajar en el teatro.

Contreras se sentó en una silla, tratando de coordinar sus pensamientos. Siempre había querido guardar el secreto de su existencia, destinada a trabajar afanosamente para mantener a aquel hijo. Ante las últimas palabras del muchacho, saltó de su asiento:

—¡Estás loco! Estás estudiando y vas a entrar en la Universidad.

Pero el hijo no se daba por vencido con aquellos razonamientos y volvió a insistir:

—Estoy harto de vivir en un colegio encerrado. No impida seguir mi vocación. Si mamá viviera no lo haría.

Aquel recuerdo invocado por el muchacho hizo vacilar la entereza del tirador. Sin embargo, trató aún de resistir, dispuesto a quemar los últimos cartuchos de su negativa.

—Llevas un apellido respetable—le recordó.

—Usted también y lo dejó todo por esta vida.

El padre volvió a colocarse ante el espejo. En realidad quería estar de espaldas a su hijo, para que éste no advirtiera la satisfacción que le causaban sus palabras. Ante la última frase del muchacho, dijo con tono amargo:

—Yo siempre he sido un loco.

—Loco, no—dijo suavemente el hijo—. Te gustaba el arte.

—Si le llamas arte a esto que hago yo...

Se interrumpió para quedarse mirando fijamente al joven y le preguntó con una última esperanza en su voz:

—¿Oíste todo?

—Todo.

—¿El monólogo también?

—También.

El pobre hombre estaba realmente avergonzado. Por nada del mundo hubiera deseado que su hijo oyera aquellas palabras dirigidas al público, que tenía por gusto la procacidad y por ambiente el de los barrios peores de Buenos Aires.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la insistencia del muchacho.

—¿Me dejarás dedicarme al canto?

El viejo tuvo que ceder al fin.

—Si ese es tu gusto...

El muchacho tuvo un gesto de inmensa alegría. Mientras el padre trataba de inquirir:

—¿Qué piensas cantar? ¿Opera?

—No, tangos—afirmó el joven.

Hubo un nuevo sobresalto por parte del tirador Contreras. Ahora comprendía menos que nunca la testarudez de su hijo. Y sus palabras siguientes tuvieron un deje de irritación:

—¿Estás chiflado! Eso no lo canta nadie.

—Ahora, no—admitió el muchacho—. Pero yo presiento que algún día cantar tangos será un arte que dará gloria y dinero.

Y ya con el acento de un iluminado prosiguió hablando con exaltación:

—Yo sé que costará muchos sacrificios imponerlo; pero cuando buenos músicos y letristas lo tomen con entusiasmo, cuando verdaderos artistas lo interpreten, el tango argentino será famoso en todo el mundo.

Le interrumpió nuevamente su padre, esta vez con un ligero matiz de burla:

—¿Y vos vas a ser el del sacrificio?

—Yo y otros entusiastas como esa muchacha—respondió él, señalando en dirección al escenario.

Precisamente en aquel momento se abría la puerta del camerino para dejar paso a Elisa. Venía saltarina y alegre a dar sin duda alguna buena noticia al tirador, y al verle acompañado, sufrió una pequeña confusión.

—Perdón—exclamó, disponiéndose a abandonar el cuarto.

Pero Contreras la retuvo con un gesto, mientras la preguntaba, señalándole al joven:

—¿Sabes quién es este nene?

Y como ella negase con la cabeza, dijo, a modo de presentación:

—Raúl, mi hijo.

Elisa quedó asombrada por aquella novedad, que no esperaba. Apenas supo balbucear:

—¿Qué raro! ¡Hijo de usted! Parece tan joven.

Contreras volvía a ser otra vez el hombre optimista y alegre, el que divertía al público con sus ocurrencias y con sus chistes. Contento por las palabras de la muchacha, que al fin y al cabo eran una galantería para con él, afirmó jocoso:

—Es que le tuve cuando iba al colegio.

Mientras tanto Raúl se había acercado a la hija del pianista y estrechaba su mano efusivamente.

—La felicito por su tango, señorita—exclamó—. Sólo quisiera cantar como usted.

El padre de Raúl, ya animado por completo y rebosante de orgullo, la advirtió:

—Te va a hacer la competencia. Viene a debutar.

—¿Dónde?

—Aquí, con usted, esta noche—afirmó Raúl.

Sus palabras decididas sorprendieron a su mismo padre, que no esperaba aquella rapidez.

—¿Pero vas a debutar sin ensayar?—preguntó asombrado.

Raúl desenrolló unos papeles que llevaba bajo el brazo, mientras aseguraba:

—Este tango lo sé de memoria. Si el maestro se anima...

Y el maestro aparecía precisamente en aquel instante. Venía lívido de indignación y sus primeras frases fueron dirigidas a Contreras en tono violento:

—Ese chiste de la cerveza no me lo haces más.

—¿Tienes miedo que te pegue a vos?—preguntó, burlón, el tirador.

—No; pero me costó treinta centavos la cerveza.

Su indignación cesó un tanto al advertir la presencia del muchacho, desconocido para él. Elisa se apresuró a presentarle:

—Aquí tiene otro cantante que va a debutar en la segunda parte. Raúl se llama. Es hijo del señor Contreras.

La misma expresión de sorpresa que había tenido la hija, apareció en el rostro del padre. Se volvió hacia el tirador.

—¡Ah! ¿Este es tu hijo? ¡Y no decirme nada!

Contreras quiso bromear un poco:

—Yo te iba a pedir la mano de Elisa, pero este mocoso me descubrió los años.

Todos rieron la nueva ocurrencia del jovial Contreras. Y el pianista, ya en tono amistoso y campechano, se volvió al muchacho.

—¿Qué vas a cantar?—le preguntó.

—He traído esta música—dijo Raúl, enseñándole el tango—. Y si usted se animara a acompañarme, debutaría esta noche.

Hasta aquel momento nadie había advertido la presencia en el camerino de un nuevo personaje. Era el empresario del teatro, que desde un rincón llamó la atención

de todos hacia él con una pregunta:

—¿Y con el patrón, no se cuenta?

Contreras volvió hacia él la mirada.

—Qué más quiere—le dijo—. ¡Un número gratis!

El padre de Elisa recorrió rápidamente con la vista las notas de la canción. Leyó en voz alta el título:

—«El porteñito.»

—Es un tango bello—afirmó Raúl—. El mejor que sé.

El músico aún dudaba y no se atrevía a hacer una improvisación.

—Pero sería mejor mañana—indicó—. Tendremos que conocerlo muy bien.

Raúl le dio una solución de acuerdo con sus deseos.

—Dándole una parte a cada músico...

Elisa también le apoyaba en su pretensión:

—Sí, papá; hágalo por mí. No le va a pasar nada.

Y Contreras dijo la última frase, que acabó de decidir a todos:

—Este pollo es de mi gallinero y tengo fe en él. Además, yo lo voy a presentar al público.

Se dirigieron todos hacia el escenario. Raúl iba emocionado,

pero sereno y dueño de sí mismo. Antes de salir le advirtió Elisa en voz baja:

—Yo voy a rezar a la Virgen para usted.

Se alzó el telón. El tirador Contreras apareció de nuevo ante el público, que tanto gustaba de sus ocurrencias. Le acogieron los aplausos de siempre y él los hizo callar con un gesto. Luego empezó a hablar:

—Señores, durante muchos meses les he divertido. Nos hemos cambiado algunos chistes poco académicos quizá, pero siempre cariflosos, porque yo quiero a mi público y mi público me quiere a mí. En este momento dejo de ser el pava de siempre para ponerme serio y presentar a ustedes a un artista nuevo, que es para mí como un pedazo de mí mismo. Es un muchacho joven que siente la vocación del tango. No sé si es bueno o malo. Ustedes son mis amigos y podrán juzgarle mejor que yo. Y pido que si vale me lo alienten y si no es ese su camino, le desengañen, pero sin hacerle sufrir mucho, porque... es mi hijo.

La emoción dominó por algunos momentos al público chabacano, amante de la broma y el mal gusto, que, sin embargo, se

sintió ganado por aquellas palabras llenas de sinceridad. Grandes aplausos premiaron las sentimentales frases de Contreras y saludaron la aparición de Raúl.

Este, con cierto azoramiento, nacido de su presencia por primera vez en un escenario, empezó a cantar. Reinó el silencio en la sala, y muy pronto la cálida voz del hijo de Contreras dominó por completo todo el teatro. Las notas del «Porteñito» eran como un anuncio de un primer triunfo precursor de otros mayores.

Soy hijo de Buenos Aires
me llaman el porteño,
el criollo más compadrito
que en esta tierra nació.

Cuando un tango en la vidueta
taqueros algún compañero
no hay nadie en el barrio entero
que baile mejor que yo.

No hay ninguno que me iguale
a bailar el tango criollo,
porque largo todo el rollo
cuando me pongo a bailar.

Y si estando en el baillongo
y a mi juego yo convito,
no hay taita que diga evildo
y no tenga que plantar.

(Tango-canción de A. Villoldo.)

El éxito superó todas las esperanzas de Raúl y de su padre. Cuando se dirigía al camerino de este último, vibraban todavía en sus oídos los ecos de la calurosa ovación.

En el camino le felicitaban todos los habituales de la casa.

—¡Muy bien! ¡Fenómeno, fenómeno!

El empresario le había seguido hasta el cuarto de Contreras y no hacía más que frotarse las manos de satisfacción, mientras exclamaba:

—¡Va a ser un éxito!

El tirador se volvió hacia él con una expresión de incontentible orgullo:

—¿Qué me dice de mi pollo?
—preguntó.

La respuesta fué alentadora y de la mejor señal de satisfacción que experimentaba en aquellos momentos el hombre de negocios.

—Un contrato en seguida, muchacho—le dijo, dándole cariñosas palmadas en la espalda—. Voy a buscar un formulario.

—No sabe cómo se lo agradezco—murmuró Raúl, aún dominado por la emoción—. Yo trataré de aprender.

Y mientras el empresario desaparecía rápidamente para buscar los modelos de contrato, el padre de Elisa se unía al júbilo de todos, anunciando:

—Vamos a hacer un gran artista.

En un rincón de la habitación Elisa hacía esfuerzos para atraer hacia ella la atención de Raúl. Cuando lo consiguió y el muchacho estuvo a su lado, le dijo en voz baja y en tono confidencial:

—No firme este contrato. Tiene que salir de este ambiente en cuanto pueda.

Raúl se la quedó mirando con sorpresa.

—¿Y usted?—la preguntó.

Ella se encogió de hombros y hubo un tono de amargura en su voz al responder:

—Yo, mientras papá trabaje aquí...

—Entonces — interrumpió Raúl, decidido —, mientras usted trabaje aquí yo me quedo con usted, Elisa.

Se miraron claramente a los ojos y en aquella mirada apareció un augurio de un futuro amor.

CAPITULO II

HACIA EL TRIUNFO

Tarde de ensayo en el teatrillo de barriada. Elisa y Raúl, juntos en el escenario, probaban un nuevo número que había que estrenar aquella noche, mientras el padre de Elisa, sentado al piano, arrancaba de éste las notas precisas con la gran habilidad que se requería para ello. El instrumento estaba desvencijado y acreditaba una larga y azarosa carrera.

Cantaba Elisa su parte en el dúo:

La mujer que quiere ser respetada
debe llevar en la liga
una navaja afilada.

El empresario, que los contemplaba desde un rincón, anunció satisfecho:

—Yo creo que esta noche puede ir así.

Elisa intervino tímidamente:

—Está un poco verde.

—Verde o no — afirmó el pianista con decisión — esta noche se estrena, porque está anunciado.

En la sala, totalmente vacía, se oyeron unos pasos. Era Contreras, que avanzaba hacia ellos con incontenibles muestras de satisfacción. El empresario le saludó con sorpresa:

—¡Qué milagro! ¿En el en-

sayo usted? Debe ser la primera vez en su vida.

Contreras apenas contestó al saludo. Estaba nervioso y con grandes deseos de decir algo a sus amigos, que la presencia del empresario impedía, sin duda.

Por fin se despidió éste y apenas quedaron los cuatro solos, Contreras, sacando unos papeles del bolsillo, anunció lleno de contento:

—Ya está el contrato firmado, miren.

Los otros tres se lanzaron ansiosos a contemplar aquellos papeles, que era la señal de un primer avance en su carrera. El padre de Elisa era el más gozoso.

—¿A ver?—decía, saltando como un niño—. Teatro Scala. ¡Qué suerte!

Intervino Raúl, también con un matiz de enorme alegría en la voz:

—Por fin salimos de aquí papá.

Y más bien afirmando que preguntando, dijo a continuación:

—Nos contratan a los cuatro, naturalmente.

La respuesta de Contreras encerraba algo de decepción:

—No. El contrato es para ustedes tres.

Y ante la sorpresa de sus oyentes, aclaró:

—A mí no me han querido. Dice el empresario que mi trabajo no es para el público del Scala.

La indignación apenas dejaba hablar a Raúl.

—Pues tiene que ser—replicó testarudo.

Pero Contreras, poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Solos ustedes. Yo me echo a un lado para allanarte el camino.

Raúl no estaba dispuesto a consentir aquel sacrificio que para su padre representaba la renuncia al ideal de toda su vida. Trató de convencerle.

—Yo sé que usted vive sólo para el teatro—le dijo—. Y lo va a sacrificar todo por mí.

Pero el viejo tirador, tratando de quitarle importancia a la cosa, afirmó:

—Y yo seguiré viviendo del teatro, porque te administraré. Lo que yo quisiera es que el tango salga del cafetín para ir al escenario. No te preocupes por mí.

Efectivamente, empezó a cumplirse el contrato con el teatro Scala. Aquello era un paso más y acaso decisivo. Ya no tenían las molestias de los espectadores groseros y chabacanos, interrumpiendo la función desde las me-

sas del café con sus chistes y sus bromas de mal género. El Scala era un teatro modesto, pero al fin y al cabo un teatro de verdad.

Y el éxito de Raúl y Elisa como pareja de cante y baile no se hizo esperar. Llegaron a constituir la máxima atracción del espectáculo.

Una noche, después de su actuación, seguida, como siempre, por los aplausos más sinceros por parte del público, comentaban en su camerino el ofrecimiento del empresario del Scala, que quería prolongar el contrato. Raúl, en respuesta a una indicación de su padre, decía:

—Entonces no firmamos.

—No—respondió Contreras—. ¿Cómo vamos a firmar seis meses más? ¡Está loco el empresario! Nosotros tenemos que ir siempre arriba.

El padre de Elisa se le quedó mirando. Sabía que aquellas palabras encerraban algo y quiso interesarse.

—Vos tenés otro proyecto a la vista—empezó a decir.

Y como respuesta a aquella sospecha, Contreras preguntó con orgullo:

—¿Sabéis quién está en un palco? El empresario del Apolo.

La noticia dejó estupefactos a sus tres compañeros. El teatro Apolo era ya un teatro de categoría en Buenos Aires. Elisa preguntó con ingenuidad:

—¿Para qué habrá venido?

—Para verles a ustedes, seguramente—respondió Contreras—. ¿Acaso no se habla de ustedes en todo Buenos Aires?

Ante la posibilidad del nuevo paso adelante en la carrera artística de Raúl y Elisa, todos expresaron su satisfacción incontenible.

—Sería un paso más adelante—decía el pianista, frotándose las manos.

Desde la puerta anunciaron el comienzo de la atracción:

—Vamos, Raúl, el número.

—Esta noche hágalo lo mejor que pueda—animó el padre de Elisa—. La canción criolla se despide del varieté para empezar su carrera artística, y hay que cantar muy bien esta noche.

Raúl y Elisa salieron al escenario. Entre el público, que llenaba el local, buscaban a la persona que más les interesaba y, efectivamente, en el palco anunciado, vieron al empresario del Apolo, que se colocaba en posición de seguir atentamente aquella parte del espectáculo.

Raúl empezaba a cantar con su voz maravillosa :

Con mi Pallanca de amor,
siempre mimado por la mujer
pude endosar su corazón,
su corazón;
mi boca es como una flor
de juventud
que supo besar
hasta saciarse de amor.

Ninguno puede traer
los trinos de mi canción
sin ofrecer al brindar
sus besos por mi pasión.

¡Ah! Quién pudiera volver
a ser mocito y cantar
mientras con una mujer
la vida feliz pasar.

Pallanca, Pallanquita de mis amores,
mi vida la llenaste de resplandores.
Pallanca, Pallanquita.

De un amor
tú eres una flor
y sólo tu recuerdo
fiel me ha seguido.

(Música de A. F. Berto, Letra de J. J. Blanco.)

La ovación con que le premió el público fué clamorosa. Empezaba ya a hablarse en todo Buenos Aires de aquella pareja de cantantes que había presentado la innovación del tango, apenas conocido en aquellos primeros años del siglo.

Pocos momentos después Raúl y Elisa, acompañados, como de costumbre, de sus padres, hablaban en el camerino con el empresario del teatro Apolo, que

había acudido a saludarles y a felicitarles por su éxito.

Todos esperaban las palabras del hombre de negocios, y éste quiso hablar con toda sinceridad.

—Francamente —dijo— creo que estamos perdiendo el tiempo. Esto no es más que varieté.

El padre de Elisa, volviéndose a sus compañeros, asintió :

—Es lo que yo les digo, que hay que innovarse.

Entonces el empresario habló de sus proyectos, al mismo tiempo que recordaba pasados triunfos.

—Yo llevé el drama del circo al escenario—empezó—, cuando todo el mundo se reía de mí. Ahora estoy empeñado en crear la zarzuela criolla. Tengo buenos libretos, buena música, pero necesito buenos cantantes y un buen director.

Y como juzgó que todos habían comprendido que aquello era un ofrecimiento en expectativa de su respuesta :

—No pierdan la oportunidad que les ofrezco.

Todos miraron a la pareja de jóvenes cantantes. Pero Elisa se desentendió bien pronto de la cuestión y dijo, encogiéndose de hombros :

—Yo, lo que opine Raúl.

Este se adelantó y dijo como advertencia:

—Por mí, siempre que no se trate de dejar la canción criolla...

Le interrumpió el empresario, afirmando:

—Si todas mis zarzuelas están hechas a base de canciones criollas.

No había más que hablar. Contreras, dando la cuestión por terminada, anunció gozoso:

—Entonces, cuando usted lo ordene trasladamos el campamento al teatro Apolo.

Y los cinco contratantes, con una carcajada unánime, mostraron su contento por aquel cambio, que iba en provecho de ellos y de la fama del tango.

Y a los pocos días las carteleras del teatro Apolo de Buenos Aires anunciaban el nuevo género de zarzuela criolla con una compañía al frente de la cual figuraban los nombres de Elisa Quintana y de Raúl Contreras, con categoría de divos.

Se sucedían los estrenos de zarzuelas típicamente argentinas en el escenario del Apolo. Y Elisa y Raúl cantaban nuevos tangos.

*Percanta que me amastó
en lo mejor de mi vida,
dejándome el alma herida*

y espinas en el corazón
sabiendo que te quería,
que vos eras mi alegría
y mi sueño abrasador.

Para mí ya no hay consuelo
y por eso me encurdelelo
para poderte olvidar.

Cuando voy a mi cuarto
lo veo desarreglado,
todo triste y abandonado
me dan ganas de llorar,
me detengo largo rato
admirando tu retrato
para poderme consolar.

La guitarra en el repeto
todavía está colgada,
nadie en ella canta nada
ni hace sus cuerdas vibrar.

Y la lámpara del cuarto
también tu ausencia ha sentido,
porque su luz no ha querido
mi noche triste alumbrar.

(Música de S. Castriota, Letra de P. Contursi.)

Como siempre, los aplausos eran cálidos y sinceros y mostraban la buena acogida del público por aquel género desconocido hasta entonces en Buenos Aires.

* * *

Pasaban los años y Europa se estremecía con la tragedia de una guerra terrible y cruel. Los periódicos argentinos publicaban todos los días como base de su información las noticias de los frentes de batalla. Alemania, Francia, Inglaterra... Todas las naciones del Viejo Continente se

enzarzaban en la lucha que ensangrentó los cuatro años entre el 14 y el 18.

Raúl Contreras y Elisa Quintana seguían triunfando en Buenos Aires; en un Buenos Aires mirado entonces con envidia por la mayor parte del mundo a causa de su ambiente pacífico, tranquilo y alegre.

Y los padres de los dos muchachos asistían paso a paso a su triunfo y a los éxitos maravillosos que conseguían en los escenarios porteños.

Una noche, cuando todo Buenos Aires se engalanaba para celebrar el armisticio de las naciones beligerantes, los cuatro amigos se reunían en uno de los mejores centros de atracción de la capital, en una de esas acostumbradas cenas de celebración y de regocijo.

Cuando llegaron a los postres el viejo Contreras atrajo la atención de sus tres compañeros con estas palabras:

—Muchachos, tengo una idea.

Raúl le miró sonriente.

—¿Otra más? ¿Cuándo no?

Sin tomar en serio la interrupción, el antiguo tirador preguntó:

—¿Qué hacemos nosotros en la Argentina?

Los otros tres se le quedaron mirando, sin poder comprender el sentido de aquella interrogación. Fué Raúl el que contestó:

—Estamos en nuestra tierra, trabajamos, vivimos...

—¿A esto le llamas vivir?— dijo Contreras, en un tono despectivo—. Esto es vegetar. Yo, a tu edad, me volvía loco por las aventuras.

Quintana, el padre de Elisa, que conocía desde hacía muchos años el carácter de su amigo, empezó a temer una de sus fantásticas proposiciones y expresó su temor con esta frase:

—Está pensando una macana.

—Estoy pensando—dijo Contreras—que debíamos irnos los cuatro a París.

La pregunta que siguió a aquellas palabras fué casi unánime en las tres personas que le escuchaban:

—¿Y qué vamos a hacer en París?

Contreras se volvió hacia su hijo, que era a quien tenía más interés en convencer.

—¿No me dijiste que algún día el tango sería famoso en el mundo? Ahora es la ocasión. La gente tiene que olvidar cuatro años de guerra y cuatro millones

de muertos. Este es el momento de llevar el tango a Europa.

La proposición era audaz, pero bien pronto tomó cuerpo en el ánimo de sus tres oyentes. Cada uno de ellos pensó en forma distinta, pero con la misma intensidad en el triunfo que podían esperarles en la capital francesa.

Raúl quiso saber si aquello era algo más que una de las frecuentes bromas de su padre.

—¿Habla en serio?—le preguntó.

El viejo tirador comprendió que sus amigos estaban ya ganados por la brillante idea. Sus palabras no tuvieron más que remachar el clavo.

—¿Lo comprenden ya?—prosiguió—. Yo conozco París. Formaremos una orquesta típica y todos embarcaremos para allá. Hay que darle alas al tango, hacerle cruzar el mar. Hay que me-

ter el tango en el corazón de los franceses y de las francesas.

Una última objeción brotó de los labios tímidos de Elisa:

—¿Y si fracasamos?

—Nos volvemos nadando—dijo Contreras, sin intimidarse.

Y dispuesto ya a concretar la realización de aquella idea, preguntó con tono definitivo:

—¿Están dispuestos a afrontar la aventura? ¿Nos vamos a Francia?

La respuesta fué ahora unánime:

—Nos vamos.

—Entonces vamos a brindar por la futura capital del tango. ¡Por París!

Levantaron todos sus copas y brotó la misma exclamación, que era casi un grito de triunfo y de esperanza:

—¡Por París!

CAPITULO III

PARIS

El mejor cabaret de la capital francesa se llenaba todas las noches de un público elegante y cosmopolita, que acudía a presenciar y a aplaudir a la pareja Raúl Contreras y Elisa Quinta-

na, introductores del tango argentino en París.

Ambiente brillante de luces, música y mujeres. Rumor de conversaciones agradables e insubstanciales, apagadas por la

estridente orquesta que dirigía el padre de Elisa, ahora vestido correctamente de frac, lo mismo que el viejo tirador, que aparte de ser el administrador de la pequeña compañía, era también el encargado de presentar los números musicales en los que su hijo y Elisa intervenían.

Según iban transcurriendo las horas de la noche, iba entrando más gente en el cabaret. Unas veces era el público juvenil y ligero, que acudía allí a la salida de los teatros. Otras eran simplemente matrimonios burgueses que se habían concedido una noche de distracción.

Uno de estos matrimonios entró y pidió una mesa. Los dos eran ya entrados en años, pero la señora aún presumía de su belleza madura, casi podríamos decir otoñal. En el momento de su aparición la orquesta atacaba un tango. La señora, dirigiéndose a su esposo, le rogó que la sacase a bailar; pero él tuvo que confesarle que aquello del tango era una cosa nueva en París y que sus conocimientos coreográficos no llegaban hasta tanto.

Hubo una pequeña disputa entre el matrimonio, que contemplaba Contreras muy diverti-

do desde su sitio junto a la orquesta.

Después, el viejo tirador dirigió una mirada circular a todo el salón. Tocó el hombro de Quintana, que estaba vuelto de espaldas en su misión de dirigir la orquesta y le dijo, satisfecho:

—¡Qué acierto, hermano! ¡Mira esto! ¡Fenómeno! Aquí hay duques, príncipes, millonarios... ¡Quién hubiera dicho que aquel modesto tango del principio iba a llegar a esto!

Quintana sin dejar de dirigir, asintió satisfecho:

—¡Qué acertada la nuestra! Contreras le miró con las cejas fruncidas.

—¡Cómo la nuestra! La mía.
—Bueno—contemporizó— La de todos. La cuestión es que ha entrado la locura del tango en París.

Los dos amigos permanecieron un momento dominados por la inmensa satisfacción de haber sido los introductores del tango que tanto éxito había alcanzado. En seguida Contreras, con un orgullo sin límites, prosiguió:

—Cuando canta mi muchacho todas las mujeres se matan por Raúl.

Quintana no quiso ser menos y afirmó:

—Y cuando canta mi chica todos los hombres se derriten por Elisa.

—Pero no vas a comparar—dijo Contreras.

Las palabras casi se le habían escapado. Inmediatamente después de pronunciarlas se arrepintió de ellas, pero era tarde para rectificar. Quintana frunció las cejas y quiso que le aclarara aquel extremo:

—¿Por qué?

—Quisiera saber qué iba a hacer tu hija sin mi Raúl—respondió Contreras.

—Triunfar como hasta ahora.

La conversación llevaba camino de convertirse en una disputa enojosa, cuyas consecuencias ninguno de los dos podían prever. Contreras replicó en tono amenazador:

—Ya lo verás algún día.

—Ya lo creo que lo veremos algún día—asintió Quintana.

Y con un gesto de indignación volvió la espalda a su amigo y continuó dirigiendo la orquesta.

Contreras, por su parte, se dedicó a observar las mesas llenas de público elegante. Le llamó su atención el matrimonio francés que había entrado últimamente y que en aquellos instantes repetían la escena de unos momentos

antes. Ella quería salir a bailar el tango y el caballero continuaba excusándose con su falta de habilidad para aquellos menesteres. No era Contreras el único que se daba cuenta de la escena. Un joven excesivamente moreno, de rostro pálido y correctamente vestido de etiqueta, dirigía frecuentes miradas a la mesa ocupada por el matrimonio. Un observador atento hubiera podido ver en seguida que aquellas miradas no eran de simple curiosidad, ya que tenían una reciprocidad por parte de la señora.

Contreras, que no perdía ni uno solo de los gestos que se cambiaban entre ellos, reanudó la conversación con su amigo.

—Estoy observando—dijo—la maniobra de aquel gigoló, que está trabajando a la vieja condeseo.

Quintana asintió, volviendo ligeramente la cabeza:

—Como lo argentino está de moda, no hay sinvergüenza de pelo embetunado en París que no diga que ha nacido en Buenos Aires.

Efectivamente, la mímica de aquel cambio de miradas eran infalibles. El joven de pelo brillante no tardó en levantarse de su mesa y, acercándose a la de la

pareja, hizo una correcta inclinación ante el caballero y rogó a la señora que le concediera aquel baile.

El marido no tuvo ningún inconveniente en acceder a aquella pretensión; y como ella se maravillase de que el recién llegado supiera bailar el tango, éste contestó en un francés en el que se observaban inflexiones portuguesas:

—Vo soy de Buenos Aires, madame.

Contreras, que se había ido acercando disimuladamente a la mesa, no pudo contenerse e intervino en la conversación. Sus primeras palabras fueron para negar, indignado, que aquel pintoresco personaje hubiera nacido en la capital argentina, y como el joven gijoló, indignado por aquella intervención, volviera a afirmar su origen gaucho, el padre de Raúl replicó:

—Usted donde ha nacido es en Coimbra.

La escena era extraordinariamente violenta. Y la señora no tardó en unir sus palabras indignadas a las del joven que trataba de bailar con ella. A ambos les extrañaba sobremanera la ofensiva intervención de Contreras, que había salido en defensa de un

orgullo argentino, desconocido hasta entonces en París.

Se hubiera prolongado peligrosamente la disputa a no ser porque el acompañante de la dama se puso también de parte de ella y del portugués. Y al viejo tirador no le quedó más remedio que retirarse. Pero en vez de la frase de disculpa que hubiera sido usual, sus palabras tomaron un deje irónico al referirse al viejo francés. Dijo:

—¡Se ve que estás acostumbrado!

Volvió junto a Quintana. La indignación apenas le permitía hablar. Nunca había creído que el éxito del tango en París hubiera de llegar a aquellas consecuencias. Se dirigió a su amigo, casi a gritos:

—¿Has visto? Mañana esta mujer hablará mal de la Argentina y son ellas las que alientan a esos pillos.

En aquel momento apareció Elisa junto a ellos. Aquellos años habían constituido para ella un cambio completo. La niña que empezó a cantar el tango en el café cantante de Buenos Aires, se había convertido en una espléndida mujer. Su precioso traje de noche realizaba aún más su belleza, que había causado ver-

dadera sensación en el París de la postguerra.

Pero a pesar de sentirse admirada por todos, Elisa no estaba contenta. La mirada de sus ojos era triste y revelaba un profundo pesar. Su voz tenía reflejos de melancolía al dirigirse a su padre y preguntarle:

—¿Ahora viene mi número, papá?

—Sí, mi hija — respondió Quintana —, después de este tango. ¿Dónde está Raúl?

La melancolía de Elisa se hizo más ostensible cuando tuvo que responder a la pregunta de su padre:

—¿Dónde ha de estar? En la mesa con esa familia argentina que viene todas las noches. No sé qué tiene que siempre le invitan.

Contreras fué el encargado de responder con una franqueza que revelaba un pésimo gusto en aquellos momentos:

—¿Qué tienen! — replicó, satisfecho —. Que la chica está loca por él. Es huérfana y millonaria.

En efecto, Raúl Contreras, el ídolo de París en aquellos días, se veía acaparado por una muchacha elegantísima, de modos aristocráticos, que le había invitado a su mesa. Con ellos se sen-

taban los tíos de la muchacha, una dama todavía joven y un señor elegantemente vestido, con una poblada barba negra que le daba aún aspecto más severo y distinguido.

Sin separar los ojos de Raúl hablaba la muchacha en tono de halago:

—Le aseguro que a mi tío le traigo a la fuerza todas las noches.

El muchacho se inclinó, agradecido, y respondió modestamente:

—Se lo agradezco por el tango.

La tía, que adivinaba en aquel capricho de su sobrina algo más que unos repentinos deseos coreográficos, intervino con un acento malicioso en la voz:

—Pero el tango nunca te ha gustado en Buenos Aires.

—Sí—replicó ella—; pero ahora llevamos en París cuatro años y siento nostalgia.

Y viendo que la expresión de sus dos tíos se hacía aún más maliciosa, y comprendiendo que no podía ocultar por más tiempo sus verdaderos sentimientos, se decidió a hablar sinceramente:

—Creo que del tango lo que más me atrae es el que canta.

Y como Raúl se quedase mudo

por la sorpresa, añadió para justificarse :

—Usted creerá que somos atrevidas, pero después de la guerra las mujeres hemos cambiado. Somos más francas y más independientes : decimos lo que sentimos.

Raúl no quería envanecerse todavía de aquella declaración hecha en términos tan expresivos. Por eso, sin abandonar su acento de modestia, insinuó :

—No me atrevo a creer que sienta por mí lo que dice.

Pero la muchacha estaba decidida a confesar totalmente sus preferencias. Y mirándole a los ojos, continuó :

—¿ Por qué lo voy a negar, Raúl, que me es usted muy simpático ?

La tía creyó llegado el momento de intervenir en disculpa de aquella franqueza excesiva de su sobrina :

—¡ Por Dios !—dijo, volviéndose a Raúl—. Esta muchacha es muy impetuosa.

Y su esposo, con un movimiento vertical de su inmensa barba, que resultaba verdaderamente cómico, afirmó también :

—¡ Terrible ! ¡ Terrible !

La orquesta empezaba un nuevo tango. Y la elegante argenti-

na, levantándose, exclamó, en tono imperativo :

—Ahora baile usted conmigo.

Toda aquella escena había transcurrido bajo la mirada inquisitiva de Elisa, que temblaba de indignación. Cuando vio que el hombre al que ella adoraba en silencio durante tantos años se ponía en pie para bailar con la desconocida, no pudo contenerse y con un gesto de rabia, con el que estuvo a punto de rasgar su vestido, dió media vuelta y desapareció de la sala.

Aquel gesto no dejó de ser observado por la acompañante de Raúl, que le preguntó intrigada al cantor :

—¿ Qué le pasa a esa muchacha ?

El trató de disimular.

—Nada : es una compañera de trabajo.

—¿ Me lo jura ?—preguntó ella con coquetería.

—Palabra de honor.

Salieron a la pista y se mezclaron entre las parejas de baile.

Cuando terminó la pieza apareció otra vez en la sala Elisa. Le llegaba su turno de intervención en el espectáculo, y advirtiéndolo Raúl, se lo comunicó a su pareja.

—Ahora va a cantar Elisa.

Junto al sitio destinado a la orquesta apareció Contreras. El viejo tirador, que había hecho durante tantos años la presentación de los dos jóvenes, hizo un gesto para que se callara la orquesta y anunció en correcto francés a Elisa Quintana, la atracción de aquellos días en París, que iba a cantar un tango.

Empezaba la canción. La voz de Elisa, que otras veces tenía acentos de dicha y alegría, ahora no podía ocultar un matiz de tristeza, advertido solamente por el hombre que la ocasionaba.

Y el tango decía así:

Te acordaría, milonguita, vos eras
la pelusa más linda y chielana,
la pollera cartona
y en las trenzas
y en las trenzas un beso de sol,
y en aquellas noches de verano
que soñaba tu almita, mujer,
al oír del compás algún tango
chamullarte bajito de amor.

Esthercita, hoy te llaman milonguita,
flor de lujo y de placer,
Milonguita, los hombres te han hecho
y hoy darías toda tu alma [mal
por vestirla de percal.

(Música de E. Delfino. Letra de S. Lin-
ning.)

Mientras escuchaba a Elisa, Raúl no podía ocultar cierta emoción. La voz de la muchacha le traía el recuerdo de los años pa-

sados juntos que acaso iban a terminarse muy pronto. Le sacó de su ensimismamiento la voz de su acompañante, que decía, tocándole ligeramente en el brazo:

—Le tengo que pedir una cosa, Raúl. ¿Por qué no viene a visitarme a casa? Vivimos en l'Etoile.

—Pero, ¿qué dirán sus tíos?

—¿Qué importa—replicó ella, encogiéndose de hombros—; hacen lo que yo quiero. Le esperamos a comer mañana.

Era una invitación, pero el acento de la muchacha tenía mucho de orden.

Raúl se inclinó cortésmente, mientras murmuraba:

—Yo, encantado.

Entre tanto Elisa, que no podía separar los ojos de Raúl y de su pareja, se dirigía al padre del muchacho, diciéndole en tono doliente:

—Señor Contreras, ¿usted encuentra bien lo que hace Raúl, hablando con esa mujer toda la noche?

El viejo tirador la miró extrañado.

—¿Y eso qué tiene de particular?—la dijo—. Es una amiga.

Realmente no había ninguna razón para que lo que se adivi-

naba como un idilio le pareciese mal a la joven. Sin embargo, siguió insistiendo:

—La gente de la casa está ya murmurando. Usted debía impedirselo.

La extrañeza de Contreras subió hasta el límite.

—¿Yo? ¿Por qué? Esta muchacha está enamorada de Raúl. Es un buen partido y si se casa con ella es una suerte para él.

Contreras no podía suponer el daño que causaba a Elisa con aquellas palabras. La pobre muchacha quiso contestar, pero el dolor sufrido se lo impidió.

En aquel momento Raúl se había levantado de la mesa y se disculpaba con sus acompañantes.

—La voy a dejar un momento—exclamó, dirigiéndose a la joven millonaria—porque tengo que cantar.

Y antes de alejarse preguntó, deseoso de hacer un ofrecimiento:

—¿Qué tango le gusta?

La respuesta era prometedora para su propia persona, pero cerraba una indiferencia absoluta hacia el arte interpretado por Raúl.

—Ya lo he confesado—dijo ella—que el tango no me gusta

ni me interesa. Cuando seamos más amigos le voy a prohibir hasta que cante.

Quedó un poco cortado el muchacho ante aquella contestación. Pero tomándolo por un gesto que pronto se olvidaría, marchó hacia la orquesta, mientras decía, en respuesta a las últimas palabras de ella:

—Es como si me prohibiera respirar.

A los pocos minutos empezaba su canción, religiosamente escuchada por el numeroso y elegante público.

Era un malevo buen mozo de melena recortada, las niñas le cortejaban, pero él las trataba mal y por eso le llamaban el *staita del Arrabal*.

Pero un día de milonga lo arrastró para perderlo; usó corbatita y cuello, se emborrachó con Pernod y hasta el tango arrabalero a la francesa bailó.

(Música de A. Padilla. Letra de M. Romero.)

* * *

El éxito de aquella noche había sido aún mayor que el de las noches precedentes. Como de costumbre, lo celebraban los cuatro compañeros de empresa en uno de los cafés típicos de París pre-

ferido por los que gustaban de la buena cocina francesa.

Pero a pesar de que la satisfacción debía ser la norma que presidiera aquella cena, dos de ellos permanecían tristes y cabizbajos, anonadados por algún doloroso secreto. Eran Elisa y su padre los que así procedían, con gran extrañeza de Contreras, que, por el contrario, se frotaba las manos de satisfacción.

—¡ Ah ! ¡ Qué noche hemos tenido hoy !—decía el viejo tirador.

Y volviéndose a su antiguo compañero del café cantante de Buenos Aires, le interpeló extrañado :

—¿ Y vos, Quintana, tampoco coméis ?

—No tengo gana—replicó éste.

—¿ Qué te pasa ?

El padre de Elisa se decidió a confesar aquello que le atormentaba.

—Mira, Contreras—empezó—. Es muy violento para mí tener que hablar de esto, porque hay palabras que un padre no debe decir nunca. Pero las cosas han llegado a un extremo que es necesario de que hablemos claro.

Sorprendido por aquel preámbulo, Contreras levantó la cabeza.

—¿ De qué se trata ?—preguntó.

—Se trata de Elisa y Raúl. Los muchachos empezaron a trabajar juntos... Yo no sé lo que él pensará de ella, pero sé que ella le adora.

Elisa, escondiendo el rostro entre las manos, trató de hacer callar a su padre.

—No sigas, papá—rogó.

—No te avergüences—le reprochó éste—. Ninguna mujer se debe avergonzar de querer a un hombre honrado y trabajador.

Y volviéndose hacia los dos, Contreras continuó :

—Hasta ahora todos creíamos que los muchachos podían llegar a ser un día marido y mujer.

Raúl trató de intervenir en la conversación, aunque su confusión era indudable.

—Ya hemos hablado de eso varias veces—empezó a decir.

—Sí ; pero se metió esa chica millonaria en el camino y ahora olvidarás a esta pobre muchacha.

Raúl contestó, indignado :

—Yo no he dicho que no quiero a Elisa.

Aquellas frases llevaban un camino peligroso para todos y especialmente para la hija de Quintana, que no se atrevía a levantar los ojos de su plato. Otra vez

trató de interrumpir a su padre, diciendo:

—Esta conversación me da mucha vergüenza.

—Así aprenderás a conocer la vida y la gente—asintió el pianista—. Nunca hemos hablado de esto, tiene razón, pero como padre se me cae el corazón.

Y decidido de una vez a poner las cosas en claro, se dirigió directamente al muchacho:

—Decidme, Raúl, ¿estás dispuesto a casarte con Elisa o no?

Aquella pregunta era la más difícil que le habían podido plantear en su vida a Raúl Contreras. Vaciló un momento y ya iba a decir algo cuando su padre se adelantó:

—No, Quintana, no está dispuesto, y te voy a hablar también como padre. Raúl no puede destruir el porvenir que le espera para casarse con tu hija.

Sus palabras hirieron a Elisa, que aquella noche estaba sufriendo lo indecible. Hubiera prorrumpido en sollozos a no ser por la presencia de Raúl, ante el que no quería demostrar su debilidad. Mientras tanto Quintana contestaba a la última frase del viejo tirador:

—Prefiero que hables así, brutalmente.

—Eso no quiere decir que no seamos amigos...—exclamó débilmente el padre de Raúl.

—¡Amigos! ¡Puede ser! Pero lo que me parece inútil es que sigamos trabajando juntos.

El padre y el hijo levantaron la cabeza ante aquellas palabras, que no esperaban que fuera el final de la conversación.

—¿Por qué no?—preguntaron casi al mismo tiempo.

—Porque no. Separándonos, puede ser que ella olvide esto. Además, estoy harto de este país, que nos ha traído el éxito, pero también la desgracia.

Contreras trató de hacerle abandonar aquella idea recurriendo al recuerdo de mejores tiempos.

—Quintana—dijo afectuosamente—. Hemos sido compañeros muchos años.

—Vos ya no sois aquel compañero que yo conocí en los malos tiempos—replicó el padre de Elisa—. El éxito te ha cambiado. Sigán ustedes su camino y nosotros seguiremos el nuestro. Pero escucha una cosa, Contreras: a vos y a tu hijo los perderá la ambición, pero como a nosotros no nos gusta la gente ambiciosa, me voy con mi hija.

Se levantaron. Por aquella vez

la indignación pudo más que el afecto en el padre de Raúl, que contestó lleno de coraje:

—Y yo me quedo con mi hijo.

Elisa y su padre salían ya del café. Raúl, anonadado por aquella escena violenta, trató de retenerles con un ademán.

—No, no se vayan—exclamó.

Pero el brazo de su padre le retuvo en su sitio.

—Déjalos. Están resollando por la herida. Si le hubiera salido a su hija un novio millonario, te hubiera dejado a ti.

Volvieron a sentarse en silencio. Se acercaba el camarero a servirles la cena y el viejo tira-

dor trató con sus bromas de siempre de hacer olvidar la difícil situación.

Pero Raúl no atendía a sus palabras y murmuraba desolado:

—Yo no podré vivir sin ella. No la podré olvidar.

Su padre seguía insistiendo en tono festivo:

—Toma un plato de esta sopa y te olvidarás de todo. Yo sé lo que me digo.

Raúl miró a su alrededor y le pareció todo más frío e insubstancial. Ahora empezaba a comprender lo que era para él Elisa Quintana. Ahora que la había perdido acaso para siempre.

CAPITULO IV

UNA BODA DESHECHA

Quintana y su hija regresaron, efectivamente a Buenos Aires. Allí Elisa volvió a triunfar, porque los años pasados en París no habían bastado para que el público argentino olvidase a su cantante predilecta, sino que por el contrario, la recibió con mayor agrado y con unánime aplauso.

Una noche, después de uno de sus éxitos esplendorosos, regresaba a su camerino, donde la esperaba, como siempre, su padre.

El cuarto estaba lleno de flores enviadas por sus numerosos admiradores, y todo allí hablaba de los triunfos escénicos.

Sin embargo, el rostro de Elisa no reflejaba la natural alegría que había de sentir por aquellas noches triunfales. Y al observar su melancólico aspecto, Quintana no pudo por menos de preguntarla:

—¿Estás contenta con el éxito?

—Sí, papá—mintió ella.

El viejo pianista movió la cabeza en señal de duda. Luego se acercó a ella y mirándola fijamente a los ojos exclamó:

—No me engañes, hijita. ¿Pensas en tu Raúl?

Y como ella bajara la vista sin responder, Quintana prosiguió:

—No te lo reprocho; es natural en una chica como vos; pero ¿qué hay de ese joven que te manda flores? Ha hablado conmigo; tiene buenas intenciones; es rico...

Elisa se retorció la mano desesperadamente. Durante los últimos días había temido que le planteara aquella cuestión, que para ella constituía una tremenda duda. En respuesta a la interrogación directa de su padre, trató de eludir su pensamiento.

—Yo le estimo—afirmó—; me agrada, pero no puedo decidirme. Tengo miedo.

—Miedo a no olvidar al otro, ¿verdad?

El fantasma de Raúl pasó ante ellos con toda la fuerza del recuerdo conservado años y años en la memoria.

—No sé qué decirle—exclamó Elisa—. Algunas veces pienso que Raúl va a reaccionar, pero han pasado dos años y...

Unos golpes discretos en la puerta del camerino señalaron la

presencia de un nuevo personaje. Un hombre joven, correctamente vestido, asomó la cabeza, preguntando:

—¿Con permiso?

Y cuando obtuvo la respuesta afirmativa de los que estaban dentro, abrió por completo la puerta y se introdujo en la habitación. Era un jovial, de ademanes elegantes, que saludó efusivamente al padre y a la hija.

—Buenas noches, señor Quintana. ¿Cómo le va?

Elisa se dirigió hacia él con una sonrisa complaciente.

—Muchas gracias por las flores—le dijo—; son espléndidas.

—Nada al lado de lo que usted se merece—aseguró él.

Hablaron durante un rato de cosas vanales y sin importancia. Y después, como la conversación decayera, el pretendiente de Elisa explicó el objeto de su visita.

—Vengo a invitarles a cenar después de la función y a bailar un rato. ¿Me acompaña?

La joven dudó un momento. Luego dirigió una mirada a su padre, como pidiéndole ayuda, y al fin contestó:

—Yo, si papá quiere, encantada.

El viejo pianista se apresuró a responder:

—Por mí no hay inconvenien-

te. Yo creo que debes pascar, distraerte...

El timbre que anunciaba una nueva aparición en escena de Elisa repiqueteó varias veces. Al oírlo, la muchacha se dirigió a la puerta.

—Voy a hacer otro número— se disculpó—. ¿Se lo pierde?

—De ninguna manera—dijo el joven.

Y luego, dirigiéndose al mismo tiempo al padre y a la hija, les anunció:

—Les prevengo que hemos de hablar seriamente de nuestro asunto.

Elisa salió del camerino sin contestar. Su pretendiente la siguió con los ojos, en los que se reflejaban el cariño que sentía hacia ella, y se apresuró también a ocupar su sitio entre el público.

Cuando Quintana quedó solo en el cuarto se dirigió rápidamente al teléfono. En su rostro se reflejaba la preocupación que le embargaba. Y llamó:

—¡Aló, aló, Administración! Por favor, ¿quiere pasarme un cable a Europa? Anote, ¿quiere?

Y dictó el texto a continuación:

—Raúl Contreras. Hotel Royal. París. Elisa debe comprometerse esta semana. Contesta

inmediatamente si has cambiado de idea o la pierdes para siempre. Quintana.

Una vez terminado el telegrama insistió con la telefonista:

—Repita, ¿quiere?

La noche en que aquel telegrama debía llegar a Europa, Raúl Contreras y su padre, en la habitación de su hotel, estaban vistiéndose de frac para asistir a una fiesta.

El viejo tirador mostraba en todos sus movimientos la alegría que le dominaba y que no tenía por qué ocultar. Exclamaba con regocijo:

—¡Quién nos hubiera dicho esto cuando llegamos a París! ¡Que esta noche te ibas a prometer con una de las muchachas más ricas y más linda de la colonia argentina!

Raúl, que conservaba la seriedad y la melancolía que se habían apoderado de él durante aquellos últimos tiempos, miró atentamente a su padre.

—Usted está muy contento, papá—le dijo.

El viejo Contreras, que sabía perfectamente a qué se refería su hijo, tuvo un instante de indecisión.

—Yo...—empezó a decir—.



—Es un tango bello. El mejor que sé.



—Yo creo que esta noche puede ir así.



—Muchachos, tengo una idea.



—¿Y qué vamos a hacer en París?



—¿Usted que va a ser argentino? ¿Usted es de Coimbra?



—Me voy con mi hija.
—Y yo me quedo con mi hijo.



Elsa trémula nuevamente en los escenarios de Buenos Aires.



—Algunas veces piensan que Raúl va a reaccionar, pero han pasado dos años y...



— Un día menos. Ya estamos más cerca de la Patria.



«Mou, traiga una copa...»



¡Buena! ¡Qué Heres mi cara!



¿Usted cree que Elena y yo podemos ser amigos?



— ¡Y pensar que es la misma voz que grabó estos discos!



— ¡Pero papá, señor Contreras! ¡Parecen dos chiquillos!

NOTICIARIO

CINEMATOGRAFICO

La primera película dirigida por King Vidor, en Inglaterra, se titula *La Ciudadela* y su protagonista es Robert Donat, secundado por la simpática Rosalind Russell.

Está basada esta película en una novela de A. J. Cronin, del mismo título, que se desarrolla en un pequeño distrito del País de Gales.

La vida de Albéniz, el gran compositor español, va a servir de tema a una película cuyo título será seguramente *Danza española*.

El autor del guión de esta película es Luis Benítez.

Entre los últimos descubrimientos cinematográficos descuella el nombre de la bellísima muchacha Lorraine Johnson, que ha hecho su aparición en una película titulada *El joven doctor Kindare*.

En esta producción del lado del ya conocido Lew Ayres y Lionel Barrymore un papel principal

Próximamente se empezará a rodar la película "13.000", cuya protago-

nista será la simpática Juana Hernán, protagonista de *La tentación del bote*.

Se indica como director de este nuevo film a Quaidenry.

Eleanor Powell, la gran estrella de la danza, muestra una nueva faceta de su talento al interpretar, junto a Robert Young, la gran producción musical titulada *Honolulu*.

Para documentarse perfectamente en estas danzas, Eleanor Powell efectuó un viaje a las célebres islas de las mareas del Sur y allí aprendió de los propios habitantes la música y el simbolismo de sus movimientos.

Siguiendo la trayectoria iniciada por *Rose Marie*, la Metro Goldwyn realizó tomando como escenario las frondosas y pintorescos valles de California en la nueva cinta musical que por su presentación y por su calidad de los números musicales causará enorme sorpresa entre los innumerables amantes del cinematógrafo.

Se trata de *Ciudad de Oro*, y está interpretada por Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy; la mínima pareja de estrellas que tanto éxito consiguieron con *Murieta la Traviesa* y *Rose Marie*.

Julian Terrero, que ha terminado de rodar *Gracia y Justicia*, prepara dos películas infantiles basadas en dos cuentos conocidos, cuyo protagonista será probablemente el pequeño artista Juan Luis.

Y después preparará *La pelonera* con un título distinto. Al parecer, esta filmación será *Junco de Rivera*.

Pronto veremos nuevas aventuras de la familia Harvey. La próxima película se titulará *Andrés Harvey se enamora*.

El reparto está integrado, como de costumbre, por Mickey Rooney, Lewis Stone, Cecilia Parker, Fay Holden y Ann Rutherford.

Se ha terminado el montaje de *Madegata*, adaptación cinematográfica de la obra del mismo título de Rafael Pérez y Pérez. Los interiores se han rodado en los Estudios Lepanto, de Barcelona, y los exteriores en el Peral del Caudillo, con una intervención de la escuela española.

La verdad es que no sé si nos hemos portado bien con esa muchacha; pero yo derroché una fortuna que te podía haber dejado y es para mí un desquite saber que te puedes hacer rico.

Raúl trató de hacer comprender a su padre lo que sentía en aquellos momentos.

—Te juro, papá—exclamó—, que me siento triste y avergonzado. Raquel es buena, pero dudo que lleguemos a entendernos. Por otra parte, no me interesa el dinero; prefiero vivir de mi trabajo.

Contreras le miró con temor.

—De eso tienes que despedirte—le recordó—. No olvides que has dado palabra a Raquel de no cantar más en público.

—¿Y podré cumplirlo?

—Debes hacerlo.

Salieron de la habitación. Mientras se ponía el abrigo, Raúl dijo con amargura:

—A todas horas veo la cara de Elisa de aquella noche. ¡Si por lo menos me escribiera! ¡Si me hubiese perdonado! ¡Pero ya no se acordará de mí!

Su padre le pasó una mano por el hombro, queriendo recordarle sus viejos tiempos de camaradería. Trató de animarle:

—Pues muchacho, a lo hecho,

pecho, que ya es tarde para arrepentirse.

Y mirando a su reloj añadió, alarmado:

—Vamos que la fiesta debe haber empezado y tu novia tiene malas pulgas. ¡Conmigo tenía que haberse casado esa!

Apenas habían abandonado la habitación, cuando llamaba a la puerta una camarera del hotel. La seguía un mozo del establecimiento, que iba bromeando con ella. Al observar que no contestaban a su llamada, la chica abrió la puerta y miró alrededor de la habitación.

—No hay nadie—dijo, volviéndose a su acompañante.

Llevaba un telegrama en la mano. Y entre risas y bromas lo dejó dentro de una de las maletas. Luego, siempre seguida del mozo, salió del cuarto. Y quedó olvidado el telegrama que enviara desde Buenos Aires el padre de Elisa Quintana.

La fiesta en casa de Raquel estaba en todo su esplendor. Toda la colonia argentina había acudido a la promesa de esponsales del célebre cantor de tangos y de la millonaria.

Raúl y su padre charlaban

unigablemente con los tíos de Raquel. El de imponente barba comentaba satisfecho:

—Ha venido lo mejor de París a la fiesta. ¡Raquel es tan querida por todos!

Le interrumpió su mujer con una advertencia:

—Es una monada, sí; pero tiene su carácter. Mucho cuidado, Raúl. No vaya a aflojarle las riendas, mi querido amigo.

Llegaban nuevos visitantes y los dueños de la casa tenían que atenderlos. Con unas palabras de disculpa se separaron de los Contreras, y el padre de Raúl dijo regocijado:

—¡Qué barba tiene mi consuegro! Parece un general ruso: Protopopoff.

Se acercaba Raquel, bellísima en su elegante traje de noche. Al ver a su novio, le preguntó extrañada:

—Raúl, ¿qué haces aquí? Mis invitados quieren conocerte. ¡Vamos!

El muchacho trató de disculparse y de soslayar aquel compromiso social con el pretexto del idioma diferente.

—Es que son todos franceses —exclamó.

—¿Cómo franceses? La mayoría son familias argentinas.

Y añadió con su tono impera-

tivo, que tanto disgustaba a su prometido:

—¡Vamos!

Sus tíos y el padre de Raúl los vieron marchar, y la señora comentó nuevamente:

—Es muy voluntariosa esta chica.

—A mí me debía haber tocado—se le escapó decir al viejo Contreras.

Y como los dueños de la casa le miraran con extrañeza por aquella frase poco cortés, trató de rectificar:

—A mí me debía haber tocado... acompañarla.

Raúl se vio muy pronto acaparado por la atención de todas las muchachas argentinas que acudían a la fiesta. Todas ellas le habían oído cantar o conocían su fama y no se resignaban a que aquella noche dejase de deleitarlas con su prodigiosa voz. Las súplicas eran unánimes.

—Me parece Raúl—decía una de las muchachas—que haces muy mal en privarnos de este placer.

Raquel era la que con más ahínco se empeñaba en que su novio no volviera a cantar el tango.

—He dicho que Raúl no volverá a cantar más—advirtió.

Pero la insistencia de todos los

concurrentes aumentó. Ahora era casi una descortesía no complacerles, y comprendiéndolo así, Raquel se encogió de hombros.

—Bueno—dijo, disgustada—, me doy por vencida; pero ha de ser el tango de despedida.

Todos se dispusieron a oír al muchacho. Y éste, volviéndose a sus numerosas admiradoras, las preguntó:

—¿Qué quieren que les cante?

—Cualquier cosa—le respondieron—. Lo que usted más sienta en este momento.

Con nostalgia y amargura, Raúl repitió esta última frase:

—¡Lo que yo más sienta en este momento!

Marchó hacia la orquesta; habló un momento con el que la dirigía y poco después empezaba a cantar:

Patotero, rey del bailongo,
Patotero sentimental
que escondes bajo tus risas
muchas ganas de llorar.

Ya los años se van pasando
y en mi pecho no entra un querer;
en mi vida tuve muchas, muchas minas,
pero nunca una mujer.

Cuando tengo dos copas de más
en mi pecho comienza a surgir
el recuerdo de aquella fiel mujer
que me quiso de verdad
y yo ingrato abandoné.

De su amor me burlé sin cesar
sin pensar que los años al coet

iban crueles a amargar
a este rey del cabaret.

Pobrecita, cómo lloraba
cuando yo ingrato la abandoné...

(Música de M. Jovet. Letra de M. Romero.)

Al llegar a aquellas últimas palabras, Raúl no pudo contener su emoción. Se tapó la cara con las manos y con un sollozo abandonó el salón, dejando incompleta la canción y asombrados profundamente a cuantos le escuchaban.

El viejo Contreras no salía de su asombro y no pudo por menos de exclamar al ver aquella marcha repentina:

—¿Pero qué le pasa a éste?

Y se apresuró a seguirle. Raúl había llegado hasta el jardín y se había dejado caer en un banco, sin poder contener la pena que le dominaba. Su padre le puso una mano en el hombro y comprendiendo perfectamente cuál era su mal, le preguntó:

—¿Quieres que volvamos?

No tenía necesidad de decir adónde. Raúl sabía que se refería a Buenos Aires, a la patria que no debían haber abandonado. Hizo un gesto negativo y respondió:

—¿Ahora para qué, papá? Ya me habrán olvidado.

Raquel, furiosa por aquella interrupción que había enseñado a todo el mundo cuáles eran los verdaderos sentimientos de Raúl, apareció en aquel momento en el jardín en seguimiento de los dos hombres.

—¿Te parece bonito mi papel?—empezó a decir—. ¿Acaso crees que no ha comprendido todo el mundo que dedicabas el tango a otra mujer? A esa...

La interrumpió el padre de Raúl antes que pudiera pronunciar la frase desagradable que había acudido a sus labios. Con dignidad trató de hacerla callar y de que no continuara en el camino de la injuria que había emprendido.

—Señorita—le dijo—. No sé si llegará a ser mi nuera. Lo dudo mucho. Pero aunque fuera mi hija no le permitiría que hablase así de Elisa.

Raquel se cruzó de brazos y dijo sarcásticamente:

—Parece que he tocado el punto débil de la familia.

—Es tan señorita como usted—replicó el viejo tirador.

La joven se encogió de hombros. Contempló con enojo al padre de Raúl y exclamó:

—Usted no tiene nada que ver.

No voy a casarme con usted;

—¡Dios me libre!—comentó el otro—. Me quedo viudo toda la vida.

Sus palabras hirieron a Raquel en lo más vivo de su alma. Se volvió hacia Raúl, que permanecía silencioso, con la cabeza baja, y le increpó:

—¿Tú no eres mi novio? ¿Cómo permites que me insulte?

Raúl levantó la cabeza y pronunció al fin las palabras que le estaban quemando desde algún tiempo atrás:

—Yo no soy su novio. Lamento haberla conocido a usted y a todos los que la rodean, y estoy avergonzado de mí mismo.

Se había ido reuniendo la gente alrededor de ellos. La salida precipitada de Raúl había dado lugar a muchos comentarios y empezaba a formarse un compacto grupo en el jardín. En aquel momento aparecieron también los tíos de Raquel, a los que se dirigía ella llamando:

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué barbaridad! No puedo creerlo, tío.

El famoso personaje de las pobladas barbas acudió a enterarse detenidamente de lo que ocurría.

—¿Qué te pasa, Raquel?—preguntó—. ¿Qué es esto?

—Estos hombres me han in-

juriado—respondió la muchacha.

El tío de la muchacha contempló con aire ofendido a los dos Contreras. Trató de exigirles una explicación, pero ellos, sin hacerle el más mínimo caso, hablaban entre sí.

—Vamos a Buenos Aires—decía Raúl—. A cantar, a trabajar. Esto es una desgracia.

Y como ya con los abrigos en el brazo se dispusieran a salir de la casa, el dueño de ella preguntó indignado:

—¡Cómo! ¿Se van así, sin más ni más?

Contreras le contempló con un gesto cómico y replicó:

—No nos vamos así, sin más ni más. Antes voy a hacer una cosa que hace tiempo me está quitando el sueño.

Y sin poderse contener dió un fuerte tirón de las barbas al ofendido caballero, entre el estupor de todos los concurrentes a la fiesta, que no podían comprender aquel final tan inesperado.

Volvían a Buenos Aires. Su estancia en París les había proporcionado grandes éxitos, pero también había sido la causa del disgusto mayor de su vida.

En la cubierta del trasatlánti-

co que los devolvía a la tierra natal, Raúl no hacía más que mirar el mar en espera de que por arte de magia se acortase la distancia que separaba a los dos continentes. Junto a él, su padre parecía participar de sus mismos pensamientos.

—Un día menos—decía el muchacho en un suspiro—. Ya estamos más cerca de la patria.

—Estás impaciente—le advirtió su padre.

—Quiero estar en mi tierra, entre los míos. Quiero volver a cantar y volver a ver a Elisa. ¡Si todavía me quisiera! Pero si me ha olvidado prefiero no saber nada de ella.

El viejo tirador movió con lástima la cabeza. Luego, contemplando fijamente las olas que saltaban junto al barco, exclamó:

—Parece que ha triunfado ruidosamente en Buenos Aires.

—Razón de más para que ya no se acuerde de mí—dijo Raúl, con desaliento.

Su padre trató de hacerle volver a su antigua actitud animosa y decidida. Y su consejo esta vez fué dado en tono serio:

—Sé valiente. Haz lo mismo que ella: olvida. Piensa en tu carrera, en el tango, que te nece-

sita; piensa en mí, que he sacrificado todo por vos.

Y pasándole un brazo por el cuello añadió otra vez con su antiguo gesto de buena camaradería:

—Ven; vamos a tomar un *cok-tail*.

* * *

La misma noche de su llegada a Buenos Aires hablaban padre e hijo en la habitación de su hotel sobre lo que constituía para ellos la máxima obsesión. El viejo Contreras, con un periódico en la mano, informaba:

—Trabaja en el teatro Opera. Es la estrella de la compañía.—Y mirando el reloj, añadió:

Son las diez; debe estar trabajando. ¿No vamos a verla?

Raúl se encogió de hombros con indiferencia:

—¿Para qué?

—Quizás ella sepa que hemos llegado.

El muchacho hizo un gesto negativo. No creía que la mujer que fué todo para él, guardase el menor recuerdo a su persona. Después de todo lo ocurrido, en voz alta indicó su pensamiento:

—Si tuviera interés hubiera venido al puerto.

—¡Ah!—dijo con una sonrisa

el viejo tirador—. Por eso mirabas tanto al muelle, que si no te agarro te me vas al agua.

—Hubo un momento—confesó Raúl—que tuve la ilusión...

Se interrumpió de pronto. Estaba abriendo las maletas para colocar cuidadosamente su ropa y vió de repente un papel azul que sobresalía dentro de una de ellas.

—¿Qué es esto?—preguntó extrañado—. Un telegrama cerrado...

Lo abrió rápidamente, lo recorrió con la vista y palideció. Su padre, al ver su gesto, se lo arrebató de las manos.

—¿Qué te pasa?—le preguntó extrañado.

Y como Raúl no le contestara, leyó a su vez el telegrama, que decía así:

«Elisa debe comprometerse esta semana. Contesta inmediatamente si has cambiado de idea. Si no, la pierdes para siempre. Quintana.»

Sin comprender todavía lo que significaba aquello, Contreras continuó preguntando:

—¿De cuándo es este telegrama?

—De hace dos meses, papá.

—¿Y qué hace este telegrama en la maleta?

Raúl se encogió de hombros.

Lo mismo le daba conocer o no la causa de aquel retraso. Pero después de reflexionar un momento creyó comprenderlo.

—A lo mejor — insinuó — la bestia de la sirvienta en París.

Su padre mientras tanto había tomado una rápida decisión. Se lanzó sobre su frac, que estaba preparado en una de las sillas, y empezó a vestirse mientras exclamaba:

—Hay que hacer algo, indudablemente.

—Ya es tarde — dijo Raúl con desaliento.

—¿Qué sabemos? Vuelve a hablar con ella. Le explicas la situación. Ella te quiere y dejará todo por vos.

El optimismo del viejo tirador llegó a influir favorablemente en el ánimo de su hijo. Con los ojos brillantes de alegría preguntó:

—¿Usted cree, papá?

—Estoy seguro. Ponte el sombrero y vamos rápidos a la Opera.

Un coche les condujo en unos minutos al teatro. En la puerta las carteleras anunciaban con grandes titulares:

«Ultimo día. Despedida de Elisa Quintana.»

—¡Mira qué suerte! — comentó el padre de Raúl —. Esta noche es la despedida. Seguramen-

te saldría y no la hubiéramos visto en algún tiempo.

Penetraron en el local y vacilaron un momento antes de introducirse en el pasillo que conducía a los palcos.

—¿Vamos al camerino? — preguntó el viejo tirador.

Pero Raúl hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Vamos a oírla cantar — dijo — y después a saludarles.

—Yo reviento antes de dar la mano a Quintana, después de lo que me dijo en París — dijo su padre, con un magnífico gesto de soberbia —. Para mí está muerto.

Mientras tanto en el camerino, Elisa, que conocía por los periódicos la llegada de Raúl Contreras a Buenos Aires, se paseaba impaciente de un lado a otro de la habitación. En vano su padre trataba de tranquilizarla.

—Cálmate, hijita — le aconsejaba.

—¿Usted cree que vendrá, papá? — no hacía más que decir la muchacha.

—¿Vos deseáis que venga?

Elisa dudó un momento. Ahora no sabía distinguir cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Había que contestar algo, y su respuesta fué lo más ambigua que pudo dar:

—Sí... y no, papá.

Había llegado su número. Salíó al escenario y lo primero con que se tropezaron sus ojos fué con la figura de Raúl Contreras apoyado en la barandilla de su palco, mirándolo fijamente.

Cuando terminó su actuación, la muchacha se apresuró a volver a su cuarto. En el pasillo la alcanzó su padre, que también había tenido ocasión de ver a los dos Contreras, y que aseguró:

—El muchacho entrará por lo menos a saludarte; el padre no creo que se atreva a volver. Para mí es como si hubiera muerto.

—No sé cómo pude cantar—dijo Elisa, estremeciéndose por el recuerdo—. Hubiese preferido no verle más y, sin embargo, ¡estoy tan contenta!

Llamaron a la puerta. Elisa y su padre sentían la misma ansiedad por conocer la actitud de los recién llegados. Eran, efectivamente los dos Contreras los que entraban. Los cuatro personajes se quedaron un momento parados mirándose unos a otros sin saber qué decir. Al fin fué Raúl el primero que habló adoptando el modo más natural que podía tomar.

—¿Cómo estás, Elisa?—dijo, alargándole la mano.

—Bien, Raúl—respondió

ella—. Ya sabía que habías vuelto.

Los dos viejos se habían vuelto desde el primer momento de espaldas, firmes en su propósito de no saludarse. Mientras tanto Raúl continuaba diciendo:

—Elisa, te felicito por los triunfos.

Contreras y Quintana cambiaron una rápida mirada a hurtadillas. Ambos volvieron la cabeza al mismo tiempo, como avergonzados por aquella debilidad. Por fin el recuerdo de su antigua amistad se impuso al rencor y con un fuerte abrazo sellaron la reconciliación al mismo tiempo que exclamaban:

—¡Viejo sinvergüenza!

—¡Farsante! Si estabas deseando abrazarme.

—¡Y vos te morías de ganas, bandido.

Mientras los dos viejos se habían vuelto a reconciliar y charlaban amigablemente de los recuerdos del pasado, Raúl se dirigía a Elisa poniendo todo el corazón en sus palabras:

—Vengo a hablarte de una cosa que me atormenta. No he hecho más que pensar en ti desde que nos separamos y vengo a pedirte perdón. Pero por un error estúpido hoy acabo de leer el telegrama...

Elisa le interrumpió con las cejas fruncidas por la sorpresa:

—¿Qué telegrama?

Quintana intervino entonces, diciendo:

—Uno que yo le mandé anunciándole tu compromiso.

El padre y la hija no podían ocultar la nerviosidad que les dominaba. Elisa, bajando los ojos, respondió tristemente:

—Sí; pero ya es tarde.

Raúl miró a su alrededor con asombro. No podía comprender aquellas palabras y le extrañaba aquel silencio repentino que se había hecho en torno de él.

La respuesta vino muy pronto. Se abrió la puerta y entró un hombre joven y moreno; el mismo que algún tiempo atrás había llevado flores y obsequios al camerino de Elisa Quintana.

Saludó y Elisa se apresuró a hacer su presentación:

—Mi esposo. Unos amigos.

—¡Casada!—exclamó Raúl consternado.

—Sí—respondió el padre de Elisa—. Se casaron ayer. Por eso Elisa se despide del teatro. No cantará más. Se van a Europa a vivir.

El marido de Elisa había acogido con agrado a los recién llegados, y dirigiéndose a su mujer insinuó:

—Elisa, ¿por qué no invitas a tus amigos a comer mañana? Así verán lo espléndida ama de casa que eres.

—Si ellos quieren...—murmuró Elisa, que no se atrevía a levantar la vista hacia Raúl.

El muchacho había tomado ya una decisión. A costa de grandes esfuerzos, recobró el tono normal y la sangre fría y se despidió diciendo:

—Adiós, Elisa. Que seas muy feliz.

Los dos Contreras salieron de la habitación sin añadir una palabra más. El único que experimentó un asombro infinito fué el marido de Elisa, que comentó con extrañeza:

—Parece que no les he caído en gracia a tus amigos.

Elisa no respondió. Se había quedado pensativa y no pudo evitar que algunas lágrimas asomaran a sus ojos. Al observarlo su esposo, se apresuró a preguntarla:

—¿Qué te pasa? Estás llorando.

—No—replicó ella, enjugándose prestamente las lágrimas—. Un poco de Rimmel.

Mientras tanto Raúl y su padre iban caminando sin dirigirse la palabra por calles y más calles. De vez en cuando entraban

en algún bar, donde Raúl bebía tres o cuatro vasos de whisky, ante la consternación del viejo Contreras, que comprendía el dolor de su hijo, pero temía por su salud.

Frente a la concurrida barra de uno de los bares, Raúl pedía con la testarudez del bebedor empedernido:

—Sírname otro.

—No bebas más, hijo—aconsejó su padre.

Pero el muchacho no estaba dispuesto a atender a razones. Volvió a insistir:

—¡Déjeme! Sírname otro, le digo. Brindemos por ella, papá. Por su felicidad.

Se bebió el contenido del vaso de un solo trago y volvió a pedir:

—A ver, otro whisky.

Así continuaron largas y pesadas las horas de la noche. Entraron en mil sitios diferentes y se sentaron por fin en un café en el que la orquesta vertía las notas melodiosas de un tango. Allí Raúl llamó inmediatamente al camarero:

—Un coñac doble para mí.

Su padre se sentía impotente para calmar la furia que se había ido apoderando paulatinamente de él. Aún trató de disuadirle, aconsejándole con cariño:

—Raúl, escúchame. Hay que ser hombre. La vida golpea fuerte, pero solamente los cobardes se dejan vencer. No hagas que me avergüence de ti.

El muchacho le miró sin verle apenas. El alcohol había puesto un velo en sus ojos. Y exclamó casi llorando:

—¡Usted que sabe todo lo que yo siento!

—Mucho más de lo que tú te imaginas, hijo—replicó el viejo tirador tristemente.

La música, interrumpida unos momentos, había vuelto a empezar. Al escuchar los primeros compases del nuevo tango, Raúl se levantó como movido por un resorte.

—¡Esa música!—exclamó.

Y ante la sorpresa de todos los concurrentes al café, empezó a cantar, primeramente en voz baja y luego a pleno pulmón, dominado interiormente por el sentimiento de su tristeza:

ESTRIBILLO

Mozo traiga otra copa
y sirvase de algo al que quiera tomar;
estoy muy solo,
estoy muy triste
desde que supe la cruel verdad.

Mozo traiga otra copa
que anoche juntos los vi a los dos,
y si me atrevo
matarla quisie,

pero un impulso
me lo impidió.

Salí a la calle desconcertado
sin saber cómo hasta aquí llegué
a preguntar a los hombres sabios,
a preguntarlos qué debo hacer.

Olvide, amigo, dirán algunos,
pero olvidarla no puede ser,
y si la mato vivir sin ella,
vivir sin ella nunca podré.

(Música de E. Delfino. Letra de A. Vaccarella.)

CAPITULO V

HACIA EL FRACASO

Habían pasado diez años. Raúl Contreras continuaba siendo el ídolo preferido por el público de Buenos Aires. La radio llevaba diariamente a todos los rincones de la ciudad porteña el metal maravilloso de su voz.

Una noche Raúl llegaba, como de costumbre, a la emisora y uno de los botones le dijo, mientras le ayudaba a quitarse el abrigo:

—Señor Contreras, faltan cinco minutos para su audición.

Raúl se sentó en uno de los cómodos divanes de la sala de espera. Aquellos diez años para él áridos y amargos, a pesar de sus continuos y ruidosos éxitos. Le faltaba el calor del cariño de Elisa y no podía resignarse a pensar en ella como en lo que actual-

El público creyó que aquello formaba parte del programa, y al reconocer a Raúl Contreras, los aplausos estallaron unánimemente, mientras el pobre muchacho se dejaba caer en una silla, vencido y agobiado por el dolor.

mente era: en una mujer imposible para él.

Para distraerse se puso a leer un periódico. De repente sus ojos se sintieron atraídos por una noticia que le dejó sin aliento. En aquel preciso instante entraba su padre en la salita.

—¡Raúl!—exclamó al verle—. Veo que has leído el diario también.

—Por casualidad, sin querer—respondió el muchacho.

—Yo venía a darte la noticia, porque imagino que después de diez años el regreso de Elisa no te importará nada.

Raúl se mordió los labios. Hubiera querido gritar su amor constante por aquella mujer. Sin

embargo, respondió disimulando:

—Piensa bien. No me importa nada, aunque hubiese preferido que siguiese en Europa toda la vida.

—¿Por qué?

—Porque me molesta que me hablen de ella; porque quiero olvidarme hasta de su nombre.

Aquellas amargas reflexiones fueron interrumpidas por la voz del «speaker» de la radio, que anunciaba:

—El cantor Raúl Contreras inicia su audición.

Aquellas mismas frases eran escuchadas a través de un receptor por Elisa Quintana y por su padre, que se miraron estremeciéndose.

Los años no habían marchitado la belleza de Elisa ni tampoco su físico agradable y atrayente había sufrido por el hecho de haber tenido una hija. Era ésta una preciosa niña que en aquellos momentos entró en el salón, preguntándole al viejo Quintana:

—Abuelito, ¿no salimos a paseo esta tarde?

—No, hijita—respondió el interrogado—; esta tarde, no. Mamá no quiere.

La niña volvió a insistir con la testarudez de sus pocos años:

—Yo quiero ir a paseo.

—Luego iremos al teatro—prometió Elisa.

El padre de la pequeña, sentado en un sillón, leía apaciblemente el periódico. Mientras tanto la radio esparcía por toda la habitación las notas de una canción de Raúl Contreras, que Elisa escuchaba con infinita atención.

Se dejó oír la voz agria del marido, que decía desde su sitio:

—Es imposible, Elisa. Si no apagas la radio me voy a leer el diario al comedor.

Y con un fuerte portazo salió de la habitación. Elisa se llevó el pañuelo a los ojos para enjugar las lágrimas que habían acudido impulsivamente a ellos. Su padre, que también participaba de su sufrimiento, le dijo a la pequeña en voz baja:

—Anda y dale un beso fuerte a tu mamá. Corre.

La niña obedeció y Elisa, besándola fuertemente, pudo olvidarse por un momento de aquel pensamiento doloroso que le había estado atormentando durante diez años.

Aquella noche la familia Quintana fué al teatro donde cantaba Raúl Contreras.

Entraron en un palco, y como la niña tuviera ganas de comer bombones, se aprovechó la ocasión de que su padre saliera a

acompañarla para que los dos Quintana comentaran lo que les había llevado hasta allí.

—Hemos hecho mal en venir aquí—decía el padre de Elisa—. Raúl te va a mirar y Eduardo se va a dar cuenta.

Elisa se enjugó una lágrima furtiva, mientras respondía:

—Quiero verle una vez más, papá. La última vez, te lo juro.

Una salva de aplausos acogió la presencia de Raúl Contreras en el escenario. El muchacho dirigió una mirada circular a toda la sala y no tardó en apercibirse de la presencia de Elisa en el palco. El corazón le latió fuertemente y mientras cantaba sus ojos no se apartaron un solo momento de aquel sitio donde estaba su más fuerte amor.

Cantaba Raúl:

Bandoneón arrabalero,
viejo fuelle desinflao,
te encontré como a un pebete
que la madre abandonó,
en la puerta de un convento
sin rebuque en las paredes,
a la luz de un farolito
que de noche te alumbró.

Bandoneón,
porque ves que estoy triste
y cantar ya no puedo,
vos sabés
que yo llevo en el alma
marcao un dolor.

Te llevé para mi pieza,
te acué en mi pecho frío,

yo también abandonado
me encontraba en el bulín,
has querido consolarme
con tu voz enroquecida
y tus notas doloridas
aumentó mi berretín.

Bandoneón,
porque ves que estoy triste
y cantar ya no puedo,
vos sabés
que yo llevo en el alma
marcao un dolor.

(Música de Bachicha de J. B. Deambrogio. Letra de P. Contreras.)

Las miradas del cantor no pasaron desapercibidas para el marido de Elisa, que comentó con extrañeza:

—Parece que me mira a mí.

El padre de Elisa trató de desviar sus sospechas.

—No haga caso, ¿sabe?—le dijo—. Es costumbre de él dirigirse a los amigos.

—Podía mirar a otro lado ese mozo—comentó Eduardo, ya intrigado.

—No; parece que mira, pero no mira, porque sus ojos...

E iba a empezar una larga explicación sobre la dirección de la mirada del cantante, pero la voz de la niña le impuso silencio:

—Cállate, abuelito—decía la pequeña.

Elisa, que no podía contener por más tiempo la excitación, quiso cortarla rápidamente:

—Vamos a casa, Eduardo— exclamó—. No me siento bien.

—¿Qué te pasa?

—Me duele mucho la cabeza. No sé lo que me pasa.

Se dispusieron a salir. Eduardo decía, satisfecho:

—Yo te confieso que a mí este artista no me gusta nada.

Mientras se ponían los abrigos el padre de Elisa se disculpó:

—Váyanse ustedes a casa, yo voy al escenario a saludar a un amigo.

Atravesó los pasillos interiores del teatro y a los pocos minutos hablaba con el padre de Raúl, que estaba abrumado por la amargura que se advertía en la voz y en los gestos del muchacho. El padre de Elisa no ocultaba su indignación por lo sucedido aquella noche.

—Raúl está injustamente agresivo con Elisa— exclamó quejoso—. Parece que se compla-ce en mortificarla.

El viejo tirador repuso tristemente:

—Nada se puede hacer. Los dos se quieren y son desgraciados.

—Pero ¿por qué no pueden ser amigos? Una buena amistad vale tanto como un amor.

El padre de Elisa reflexionó

unos momentos y después exclamó:

—Habría que juntarlos. Hacer que se reconcilien.

—Yo no puedo hacerlo con mi hijo— exclamó el otro.

—Ni yo con mi hija.

Otra vez el orgullo se interponía entre los dos viejos amigos y les impedía llegar a la completa reconciliación que estaban deseando. Quedaron silenciosos durante unos momentos y al fin el padre de Raúl pareció encontrar la solución adecuada.

—Tráela a casa—dijo, refiriéndose a Elisa—. Cuando Raúl vuelva se encontrarán allí y se darán un abrazo. Dios quiera que se acabe todo esto.

Así se convino y los antiguos compañeros se despidieron con la esperanza de que al siguiente día se solucionaría todo.

Efectivamente, la noche siguiente Elisa y su padre, inquietos y nerviosos, esperaban en casa de Raúl la llegada de éste. Elisa no ocultaba cierto temor que la invadía.

—Señor Contreras—se atrevió a decir—, ¿usted cree que se alegrará al verme? ¿Que querrá ser mi amigo?

El viejo tirador hizo un gesto, como si aquella fuese la última de las posibilidades.

—¡Pero si está loco por ti!
—respondió.

—¿No cree que me hará sufrir una humillación?—insistió ella.

—¡Si conoceré yo bien a mi hijo! Si no se vuelve loco al verla, les autorizo para que me den una bofetada en la cara.

Y como en aquel momento llamaron al timbre de la puerta, se dirigió a abrir mientras insistía con toda la seguridad de que estaba poseído:

—Una bofetada en la cara he dicho.

Entró Raúl. La presencia de Elisa en su casa le dejó petrificado. Tuvo un movimiento de retroceso producido por la sorpresa y su padre, comprendiendo que le embargaba la mayor alegría, le dijo:

—Raúl, yo he invitado a estos amigos en la seguridad de que te doy una gran alegría. Ahí tienes a Elisa, a aquella misma criatura que te alentó en tus primeros pasos en el arte. ¿Te acuerdas? El destino no quiso que fuera tu esposa, pero no debes reprochárselo a ella. ¿Quieres ser su amigo?

Hubo unos instantes de silencio, que pesaron mortalmente en el ánimo de los personajes que ocupaban la habitación. Al final, las palabras salieron de la boca de Raúl rápidas y decididas:

—Yo no conozco a esta mujer y no sé qué viene a hacer a mi casa.

Y sin mirar a la que significaba para él todo en el mundo, desapareció en el interior de la casa a pasos rápidos.

Su padre, consternado, se volvió hacia los visitantes. Su único comentario fué:

—¡Bueno! Aquí tiene mi cara.

Elisa se echó a llorar desconsoladamente. Jamás hubiera podido suponer que Raúl le hiciera aquel recibimiento. Mientras tanto, Quintana decía indignado:

—Si tu hijo no fuera tu hijo, yo le daría su merecido a ese grosero. Yo he hecho lo que he podido y esta humillación la debemos a vos. Y vos y yo hemos terminado. Para mí como si estuvieras muerto.

Contreras se irguió soberbio:

—Y tú para mí como si estuvieras putrefacto—respondió.

Elisa y su padre salieron de la casa. Mientras tanto el viejo tirador, desalentado por el fracaso, volvía a enfrentarse con Raúl.

—¿Qué quiere decir esta encerrona?—preguntó el muchacho con gesto agrio.

Su padre le preguntó a su vez, en tono de reproche:

—¿Cómo! ¿Así me pagas lo que hago para calmar tu pena?

Raúl volvió a insistir en su primera pregunta:

—¿Qué pretendía con esto?

—Que os hiciérais amigos. Que olvidaras estas amarguras de tantos años.

Raúl se encogió de hombros y replicó sarcástico:

—¿Parece mentira! ¿Usted cree que Elisa y yo podemos ser amigos?

—¿Por qué no?

—Porque nos queremos demasiado. Yo sentí el impulso de hablarla, pero me contuve.

El viejo tirador, que sentía aún la responsabilidad de aquella humillación sufrida por Elisa y su padre, dijo como reproche:

—Podías haberte portado mejor.

—Quise apartarla de mí—replicó Raúl—. Esa amistad caería al poco tiempo en lo que yo no quiero que ocurra. Elisa es casada. Tiene una hija y yo sería un canalla queriendo destruir la tranquilidad de su hogar.

Aquellas palabras mantuvieron sellados los labios de su padre. Ahora comprendía perfectamente que la reacción de su hijo había sido lógica y estaba basada exclusivamente en su sentido de la caballerosidad. Le puso una

mano en el hombro y le dijo:

—Ahora comprendo que soy un viejo necio. Has visto más claro que yo.

Raúl asintió y siguió hablando:

—Ya no puede ser para mí y yo no quiero acercarme a ella. Mi deber me hace alejarme de Elisa. Nos vamos, papá.

Su padre levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Adónde?

—A Norteamérica. El tango está de moda allí. Me han ofrecido un contrato para la radio.

El viejo Contreras accedió resignado.

—Bueno. Nos iremos a Nueva York. Yo no puedo con mis huesos, pero se trata de ti e iría contento a la China que fuera.

El muchacho observó:

—Si usted no puede, yo me iré solo.

—¿Solo? ¿Cómo te voy a dejar solo con lo que te ha pasado, con lo que estás sufriendo y con lo que... me gustan a mí las americanas.

El viejo trataba de encubrir aquel sacrificio con una dosis de buen humor. Su hijo, comprendiendo el verdadero motivo que le animaba, le dió un abrazo.

—Gracias, papá.

Los primeros tiempos de la estancia en Nueva York fueron fáciles y brillantes para Raúl. El mismo éxito y la misma popularidad que había logrado en su patria y en París, le acompañaron a Norteamérica.

Pero aquello cambió. Su propia amargura y el sentimiento de encontrarse lejos de Elisa, le entregó desenfrenadamente a la bebida.

Era frecuente verle salir tambaleándose de bares y cabarets, siempre acompañado por su padre, que incapaz de imponerse fuertemente sobre su voluntad, se limitaba a aconsejarle a cada minuto que abandonase aquel vicio, que iba a acabar con él.

Una noche, al salir de la radio, donde terminaba de dar una audición, su voz se había vuelto ronca, y mientras se subía el cuello del abrigo, exclamó con un estremecimiento:

—Apenas pude cantar con este resfriado.

—¿Por qué no quieres ir a un médico?—preguntó el viejo tirador.

Le puso la mano en la frente. Ardía de fiebre y sus ojos tenían un brillo que no indicaba nada bueno. Pero Raúl, desentendiéndose de aquellos cuidados paternales, exclamó con el acento tes-

tarado que le acompañaba en aquellos últimos tiempos:

—Vamos a continuar la farsa.

Aquella noche permanecieron hasta últimas horas de la madrugada en diversos lugares de recreo de Nueva York. Y las consecuencias no se hicieron esperar. Pocos días después Raúl ingresaba en un hospital atacado por una fuerte pulmonía, cuyos resultados aún no se podían prever.

Mientras duraba la delicada operación que tuvieron que hacerle, su padre se pasaba nervioso de un lado a otro de la sala de espera del sanatorio. Se abrió la puerta del quirófano y apareció el médico que cuidaba a Raúl.

El viejo tirador se dirigió hacia él con una mirada de ansia.

—¿Qué, doctor?—le preguntó.

El médico le aseguró:

—Ya ha pasado lo peor. Puede tranquilizarse.

—¿Y tardará mucho en reponerse?

—Bastantes meses—respondió el doctor—. Ha sido una pulmonía muy grande. Pero de lo que puede estar seguro es de que es muy difícil que vuelva a cantar. Esto afecta siempre las cuerdas bucales.

El pobre viejo quedó aplasta-

do por aquella noticia. La voz de Raúl era la única fortuna que les quedaba después de aquellos años de disipación. Y ahora aquella pulmonía...

Se volvió al médico con un ruego:

—Por favor, doctor, no se lo diga a él.

—Pierda usted cuidado—fué la tranquilizadora respuesta.

Siguieron unos meses de angustia y desesperación. Ahora la única ilusión del viejo tirador era volver a su patria, donde amigos y conocidos podían todavía ayudarles a rehacer su vida. Insistía en este sentido cerca de Raúl:

—Raúl, esto no puede seguir así. Hace seis meses que esperas cantar y tu garganta no mejora. Volvamos a Buenos Aires.

El muchacho le contempló con indignación.

—¡A Buenos Aires en estas condiciones! ¡Para que se rían de mí! Estoy débil; mi voz volverá. Usted sabe por qué no quiero volver. No quiero verla; lo he jurado. Tenemos dinero suficiente para vivir aquí mientras me cure.

Su padre hizo los últimos esfuerzos para convencerle:

—Tú sabes que el dinero aquí vuela. En un par de meses estamos listos.

—Dentro de dos meses—replicó Raúl—volveré a cantar y a triunfar de nuevo.

El viejo se le quedó mirando con lástima. No tenía valor para arrebatarse aquellas últimas ilusiones, que solamente una palabra suya destrozarían.

—¡Triunfar! ¡Pobre!—exclamó.

Y el descenso fué vertical. Se agotaron sus últimos ingresos y, coincidiendo con la presencia de un invierno crudo y terrible, padre e hijo tuvieron que trasladarse a una casucha miserable de los arrabales de la ciudad. Allí Raúl pasaba el día tendido en un camastro, sometido por la fiebre y la desesperación, con el único consuelo de la bebida, mientras su padre, en dolorosa peregrinación por casas de los empresarios y por las emisoras de radio, trataba de que se cotizara nuevamente el nombre antes glorioso de Raúl. Pero siempre volvía a casa deshecho y agotado.

—¿Hay algo?—preguntaba el muchacho.

—Nada, mi hijo. He caminado todo el día. En la radio no quieren más que cantores de nombre.

Raúl preguntó en un grito:

—¿Y yo no tengo nombre?

—Lo tenías cuando llegaste

aquí, pero después de siete años,
¿quién se acuerda?

Quedaron los dos silenciosos.
La vida les había vencido completamente y el muchacho empezaba a darse cuenta de ello. Sonaron las palabras del padre como una última recomendación y un reproche ya inútil:

—¡A qué situación hemos llegado por tu terquedad, Raúl!
¡Si hubiéramos vuelto a Buenos Aires hace cinco años, cuando te dije!

—No hable de volver, y menos ahora, que soy un harapo—contestó—. No podría sufrir la lástima de Elisa.

El viejo cerró sus reflexiones con estas palabras:

—¡El tango, el tango tiene la culpa!

Raúl se levantó con un esfuerzo. Lo primero con que tropezaron sus ojos fué con unos discos que contenían sus viejas canciones. Aquellos tangos que tanta fama y celebridad le habían dado por el mundo entero. Se llevó la mano a la garganta, mientras exclamaba, dolorido:

—¡Y pensar que es la misma voz que grabó estos discos!

Colocó uno de ellos en el gramófono. Salíó potente y gallarda su voz de siempre, la voz de aquel Raúl Contreras de los años

victoriosos de París. Y aquel recuerdo impresionado en el disco frío y sin alma, le hizo aún más daño.

Cuando la suerte que es grata
fallando y fallando
te largue parao.
Cuando estés solo en la vida
sin rumbo desesperado,
cuando no tengas ni fe
ni yerba de ayer
secándose al sol.
Cuando toques los tamangos
buscando ese mango
que te haga morir,
la indiferencia del mundo,
que es sordo y es mudo,
recién sentirás.

ESTRIBILLO

Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa.
¡Yira! ¡Yira!
Aunque te amargue la vida,
aunque te muerda un dolor
no esperes nunca una ayuda
ni una mano ni un favor.

Cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás.
Buscando un pecho fraterno
para morir abrazao
cuando te dejen tirao
las cuerdas pinchás
lo mismo que a mí.
Cuando veas que a tu lado
se prueba la ropa
que vas a dejar,
te acordarás de este otario
que un día cansado
se puso a ladrar.

(Letra y música de E. Discipolo.)

—¡Esta garganta! ¡Esta garganta!—gritó desesperado—. Yo no comprendo. Pero mi voz ha de volver. Yo he de volver a cantar.

El padre se decidió, por fin, a confesarle la terrible verdad de su situación:

—No volverás a cantar nunca, Raúl.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Debí decírtelo el primer día, pero el cariño por vos me lo impedía.

Y como el rostro asombrado del muchacho exigiera una explicación adecuada a aquellas palabras, tuvo que contárselo todo: las consecuencias lamentables de aquella pulmonía, las palabras desalentadoras del médico, confirmadas después por la cruda realidad...

La reacción de Raúl al principio estuvo llena de violencia para su padre.

—¡Mentira!—gritó—. Usted dice eso para desanimarme, para sacarme de aquí, para que vaya a Buenos Aires a cantar, a ganar dinero para usted.

La injusticia de aquellas fra-

ses eran muy fuertes para el afán de sacrificio que siempre había tenido el viejo tirador.

Este se levantó y poniéndose su harapiento abrigo exclamó con amargura:

—Tienes razón para hablar así, Raúl. Yo debí pensar en esto el día que sacrifiqué mi carrera por la tuya. Adiós, hijo.

Se dirigió hacia la puerta. Pero le alcanzó Raúl, que le abrazó llorando, mientras le decía:

—No. No se vaya. Perdóname. Soy un canalla y no sé lo que digo. ¡Es la amargura de saber que tiene razón y no podré cantar más en mi vida!

Cayó sobre el camastro deshecho en lágrimas. Y su padre, poniéndole una mano sobre el hombro, trató de reanimarle otra vez:

—No llores. Volveremos a la tierra. ¡Quién sabe! El calor de la patria lo cura todo.

Sus palabras quedaron cortadas por los sollozos ininterrumpidos de Raúl, que lloraba su magnífica voz deshecha por su culpa.

CAPITULO VI

REGRESO

En Buenos Aires Elisa Quintana atendía cuidadosamente a las frases ingenuas y graciosas de su pequeña. Elisa vestía de luto, indicando que hacía un año había muerto su marido: aquel hombre que, tratándola siempre con respeto y consideración y llenando todos sus cuidados y necesidades con gran delicadeza, acaso no la había proporcionado, sin embargo, el deseo apasionado de cariño que tanta falta le hacía.

Ahora ya todo había pasado. Y su única ilusión era aquella Clarita, la pequeña que llenaba de alegría sus días, siempre tristes.

El padre de Elisa, con el pelo blanco, jugueteaba en uno de los salones de la casa con la niña. Entró Elisa y su padre hizo que la pequeña se alejase de allí durante unos momentos. Luego, mostrándole a su hija el diario que había estado leyendo, la preguntó:

—¿Has leído esta noticia?

Ella empezó a leer:

«Esta noche, en el teatro Moderno, se celebra una función organizada por un grupo de artis-

tas, en beneficio del cantor Raúl Contreras. Después de varios años de permanencia en el extranjero...»

El periódico terminaba diciendo que Raúl Contreras volvía a la patria enfermo, viejo y pobre.

Elisa sintió una punzada en el corazón, animada por el viejo recuerdo.

—Hay que hacer algo por él, papá—exclamó—. No puedo saber que está sufriendo.

—No te metas a ofrecerle nada—respondió Quintana—, porque ya sabes su orgullo.

Y como ella mostraba deseos de ir aquella noche a la función en beneficio de Raúl y quisiera que su padre la acompañara, él se negó rotundamente.

—Irás vos sola. Yo por Raúl iría, pero no quiero encontrarme con el sinvergüenza de su padre. Sabes que para mí ha muerto.

A pesar de aquellas palabras, los dos Quintana se sentaban aquella noche en un palco del teatro donde cantaba, acaso por última vez, Raúl Contreras. La sala estaba llena de un público conocedor de los escenarios y de

las tragedias que por ellos desfilaran.

Se levantó el telón y apareció el padre de Raúl. Hizo una inclinación y empezó a hablar:

—Señores: seguramente ustedes no se acuerdan de mí. Sin embargo, en un tiempo fui un artista muy popular. Los jóvenes no han podido conocerme y los viejos, aunque me conozcan, lo negarán, porque no querrán confesar que iban al teatro donde yo trabajaba.

Una carcajada unánime acogió sus frases humorísticas. Desde el palco Quintana no pudo por menos de sonreír.

—¡Siempre el mismo caradura!

Continuaba hablando Contreras:

—Muchas gracias. Veo que estamos todos los de antes; pero hoy, desgraciadamente, no es mi intención hacer chistes. Hace muchos años en ese teatro de que os hablé presenté una noche a un artista nuevo: a una criatura que quería dedicarse al canto. Aquel muchacho fué un triunfador. Paseó la canción criolla por todo el mundo y hoy vuelve a la patria, triste, cansado y enfermo. Aquí está.

Apareció Raúl, acogido con aplausos por toda la concurren-

cia. Su aspecto reflejaba la infinita amargura que le dominaba. Mientras tanto, el viejo tirador continuó diciendo:

—A pesar de todo, esta noche, a petición de sus amigos, cantará para ustedes el último tango de su vida, y en esta ocasión repetiré las palabras que pronuncié aquella noche, hace muchos años: ustedes son mis amigos. Aunque cante mal, no le hagan sufrir, porque es mi hijo.

Nuevos aplausos cerraron las tristes frases del viejo Contreras. Entre tanto, Quintana y su hija se levantaban de sus asientos del palco, a petición de Elisa.

—Vamos al escenario—decía—. Quiero saber lo que ha pasado con Raúl.

En el camerino destinado a los Contreras se desarrolló una cómica escena entre los dos viejos amigos, que desde el primer momento se volvieron mutuamente de espaldas, sin quererse saludar. En vano intervenía Elisa enojada.

—Pero papá, señor Contreras—decía la muchacha—. Parecen dos chiquillos. ¿Por qué no se dan la mano?

Los dos negaron rotundamente. Y como a ambos les interesaba hablar de Raúl, emplearon el sistema de transmitirse sus pa-

labras por medio de Elisa.

—Pregúntele—decía Quintana—si tiene algo en las cuerdas vocales.

Contreras respondía en la misma forma :

—Dígale que el médico dijo que seguramente le ocurriría eso. Aquí le han visto los mejores especialistas y lo encuentran sano.

—Decirle que ha perdido la confianza en sí mismo—insistía el padre de Elisa.

—Decirle que quizá tenga razón. Que tiene miedo y vergüenza de fracasar, que está desesperado y amargado. Necesitaría alguien que le animara, que le transmitiera su fe.

Decidieron los tres ir a los bastidores para escuchar la canción de Raúl.

Al salir del camerino Quintana se echó a un lado, mientras decía a su hija, refiriéndose al padre de Raúl :

—Decile que pase el primero.

—Decile que gracias—contestó del mismo modo Contreras.

En el escenario, Raúl trataba de cantar el tango que una vez iniciara a dúo con Elisa en sus primeros tiempos de éxitos. Pero su garganta no respondía a sus esfuerzos y tuvo que detenerse y excusarse con el público.

—Señores, me van a perdo-

nar. No puedo cantar ; ya lo han visto. Yo soy un artista que ha terminado.

Pero en aquel preciso instante Elisa, de un salto, se presentó a su lado en el escenario, abrazándole con cariño. De todas partes del público salió su nombre, pronunciado con entusiasmo :

—¡Es Elisa Quintana!

La recibieron con aplausos. Mientras tanto, Raúl le decía en voz baja :

—Elisa, esto se acabó para mí.

—No, Raúl—replicó ella—. Debes cantar. Un artista como tú no puede terminar así.

Y dirigiéndose al público exclamó :

—Señores. Gracias por haberme reconocido después de tanto tiempo. Raúl Contreras no ha perdido la voz, y para probarlo va a cantar conmigo un tango que hace unos años fué uno de sus grandes éxitos. ¿Ustedes lo permiten?

Los aplausos del público fueron la mejor respuesta. Y empezaron a cantar. Al principio realmente era la voz de Elisa la que se dejaba oír en el teatro ; pero en pocos minutos el ánimo y la fe de Raúl volvieron a acompañarle y ganó la confianza en sí mismo.

El público, asombrado, siguió

con emoción aquella transformación. Raúl Contreras volvía a ser el maravilloso cantor de tangos, triunfador de los viejos tiempos.

«Aquel tapado de armíño.»

Aquel tapado de armíño
todo forrado en lakmé
que tu cuerpito abrigaba
al salir del cabaret.

Cuando pasaste a mi lado
prendida a tu gígolo
aquel tapado de armíño
cuántas penas me causó.

ESTRIBILLO

Te acordarías era el momento
culminante del cariño;
me encontraba yo sin viento,
vos amabas el armíño.

Cuántas noches tiritando
los dos junto a la vidriera
me decías suspirando:
¡Ay! mi amor, si vos padieras.

Y yo con mil sacrificios
te lo pude al fin comprar,
mangué amigos y nafteras
y estuve un mes sin fumar.

Aquel tapado de armíño
todo forrado en lakmé
que tu cuerpito abrigaba
al salir del cabaret.

Me resultó al fin y al cabo
más durable que tu amor,
el tapado estoy pagando
y tu amor ya se acabó.

(Música de M. Delina. Letra de M. Romero.)

Y entre bastidores, los padres de los dos muchachos asistían a aquella verdadera resurrección todavía sin querer dirigirse la palabra. Para hablarse empleaban como intérprete a uno de los tramoyistas, que les miraba con asombro.

—Dígale que parece otro—decía el padre de Elisa, entusiasmado.

—Dígale que sí, que es un milagro—respondió el padre de Raúl.

Y coincidiendo con el final de aquel tango, por fin los dos viejos se abrazaron, llorando como chiquillos.

—¡Puede cantar! ¡Puede cantar como antes!

—¿Has visto?

—No hay mejor médico que el cariño, hermano.

Los aplausos del público subrayaron aquel triunfo, y en el escenario, Raúl y Elisa, abrazados, se prometían mutuamente el amor que ya jamás les abandonaría en la vida.

FIN

Obs. - Pauca. Rogn
4/21



LA JANA

Samuel J. Carter